La ventana abierta y otros cuentos sorprendentes



Saki
Chopin
James
London
Twain
Bierce





Una campaña de fomento
a la lectura de la secretaría
de cultura recreación y deporte
y el instituto distrital
de las artes – idartes



LA VENTANA ABIERTA

Y OTROS CUENTOS SORPRENDENTES

Selección y traducción de Julio Paredes Castro

Isbn 978-958-5487-53-6

Asesor editorial: Julio Paredes Castro
Coordinadora de publicaciones: Diana Rey Quintero
Diseño gráfico: Olga Cuéllar + Camilo Umaña
Armada eBook: eLibros Editorial

Contenido

Introducción

Lo que hoy llamamos y entendemos como un cuento, tanto por su estructura como por su atmósfera, tensión y ritmo, tiene uno de sus principales orígenes en el mundo literario anglosajón, territorio donde logra una forma casi definitiva a lo largo del siglo XIX, y alcanza límites incomparables en el XX. Cualquier lector podría empezar con Edgar Allan Poe y terminar con Raymond Carver para descubrir que el cuento escrito en inglés es, sin duda, uno de los ámbitos más fértiles y ricos del género. La presente colección reúne a seis autores anglosajones, seis ejemplos fechados en el siglo XIX, que nos ofrecen seis formas distintas, sorprendentes y clásicas de narrar un cuento.

El volumen se abre y se cierra con dos relatos de horror, donde el protagonista es una ventana, que sirve para vislumbrar a través de su marco un hecho sorpresivo y terrorífico. En el primero, “La ventana abierta”, escrito por el narrador inglés Saki, el terror surge en clave jocosa, mientras que en el otro, “La ventana tapiada”, escrito por Ambrose Bierce, la trama busca el efecto convencional de perturbar al lector, enfrentándolo a una sorpresa anormal y sin explicación.

A otra pareja de cuentos los enlaza el tema de los espejismos y avatares que acompañan los enamoramientos sin destino; en uno, “Una mujer respetable”, escrito por la norteamericana Kate Chopin, el lector se encontrará con una joven casada cuyos buen juicio y voluntad férrea le permiten sobreponerse al embate de un amor inadmisible; en el otro, “Una historia sin final”, escrito por Mark Twain, la timidez y el apocamiento del joven protagonista, aunados a un desafortunado accidente sin desenlace resuelto, darán al traste, casi con absoluta seguridad, con sus pretensiones de conquistador sentimental.

En el tercer par de cuentos, “Los años de madurez”, escrito por Henry James, y “El pagano”, escrito por Jack London, dos de los escritores más emblemáticos entre los narradores modernos, las tramas giran alrededor de una amistad que nace y se alimenta por un azar que bordea la muerte. En el cuento de James, un escritor de cierta fama encuentra, en los días finales de su vida, al lector ideal, encarnado en la figura de un joven médico, un

espíritu vivaz que revela una pasión incondicional por su literatura; en el cuento de London, un hombre blanco, aventurero de los Mares del Sur, logra encontrarse a sí mismo y escapar a varios embates de la muerte gracias a la presencia y la poderosa protección de un nativo de las islas, un pagano cuyo único credo sagrado es la amistad.

La ventana abierta

Y OTROS CUENTOS SORPRENDENTES

La ventana abierta

Saki 1870–1916

> Seudónimo de Hector Hugh Munro. Nacido en la antigua Birmania, hoy Myanmar, Saki creció en Devonshire, Inglaterra, separado de sus padres. Después, en la juventud, viajó por Europa acompañando a su padre, oficial retirado de la policía imperial. Trabajó como corresponsal en los Balcanes, Rusia y en París. En 1914, se alistó como voluntario en el ejército francés y murió en 1916 en Beaumont Hamel. Refiriéndose a su obra, Jorge Luis Borges comentó: “Con una suerte de pudor, Saki da un tono de trivialidad a relatos cuya íntima trama es amarga y cruel”.

–Mi tía bajará en un momento, Sr. Nuttel –anunció una imperturbable jovencita de quince años–; mientras tanto usted deberá tratar de conformarse conmigo.

Framton Nuttel se esforzó por decir la cosa correcta que halagara de manera apropiada a la sobrina presente sin que por eso desairara indebidamente a la tía por llegar. Ahora más que nunca dudaba en secreto si todas estas visitas formales a una serie de completos desconocidos iban a contribuir en algo con la cura nerviosa que se suponía estar sobrellevando.

–Ya sé cómo va a ser –había afirmado su hermana cuando él se preparaba para salir hacia su retiro rural–. Te recluirás allá y no hablarás con ningún alma viviente, y tus nervios estarán peor que nunca por el desánimo. Debería darte cartas de presentación para toda la gente que conozco allá. Algunos, hasta donde puedo recordar, eran bastante agradables.

Framton se preguntaba si la señora Sappleton, la dama a quien se encontraba presentándole una de las cartas, formaba parte de ese agradable grupo.

–¿Conoce a mucha de gente de por aquí? –preguntó la sobrina, cuando juzgó que ya habían tenido suficiente comunión silenciosa entre los dos.

–A casi nadie –contestó Framton–. Mi hermana estuvo aquí, en la casa parroquial, sabe, hace unos cuatro años, y me entregó cartas de presentación para alguna de la gente de acá.

Pronunció la última frase con un evidente tono de lamento.

–Entonces, ¿prácticamente no sabe nada sobre mi tía? –insistió la imperturbable jovencita.

–Sólo el nombre y la dirección –admitió el visitante. Se preguntaba si la señora Sappleton estaría casada o viuda. Algo indefinible acerca de la habitación parecía sugerir la presencia masculina.

–La gran tragedia le sucedió hace apenas tres años –dijo la muchacha–. Debió haber sido después de la época de su hermana.

–¿La tragedia? –preguntó Framton; de alguna forma, en este apacible rincón rural las tragedias parecían fuera de lugar.

–Tal vez usted se preguntará por qué mantenemos esa ventana completamente abierta en una tarde de octubre –dijo la sobrina, señalando una puertaventana grande que daba hacia un jardín.

–Hace bastante calor para esta época del año –afirmó Framton– pero, ¿tiene algo que ver esa ventana con la tragedia?

–Fue por esa ventana que, hoy hace tres años, su esposo y sus dos hermanos menores salieron para su día de caza. Nunca regresaron. Cruzaban el coto en dirección a su terreno favorito para cazar al acecho, cuando un pantano traicionero se los tragó a los tres. Había sido un verano terriblemente húmedo, sabe, y lugares que en otros años fueron seguros cedían de un momento a otro y sin previo aviso. Nunca se recuperaron los cuerpos. Es fue lo más espantoso de todo –En ese punto la voz de la muchacha perdió el tono imperturbable y se volvió entrecortadamente humana–: La pobre tía cree todo el tiempo que regresarán algún día, los tres y el pequeño spaniel castaño que se perdió con ellos, y que entrarán por esa ventana justo como solían hacerlo. Esa es la razón por la que la ventana se mantiene abierta todas las tardes hasta que está ya bastante oscuro. Pobre tía querida, a menudo me ha contado cómo salieron, su esposo con el impermeable blanco colgado sobre el brazo, y Ronnie, el menor de sus hermanos, cantando ‘*Bertie, why do you bound*?’ como hacía siempre para tomarla del pelo, pues ella decía que le ponía los nervios de punta. ¿Sabe?, algunas veces, en tardes silenciosas y tranquilas como esta, tengo la sensación horrorosa que ellos van a entrar cruzando esa ventana…

Dejó de hablar con un ligero estremecimiento. Para Frantom fue un alivio cuando la tía irrumpió en el salón con una serie de excusas por haber tardado en aparecer.

–Espero que Vera lo haya distraído –dijo.

–Ha sido muy interesante –respondió Frantom.

–Espero que no le importe la ventana abierta –dijo de pronto la señora Sappleton–, mi esposo y mis hermanos volverán de su jornada de caza y siempre entran por ahí. Hoy estuvieron por los pantanos cazando al acecho, así que van a ensuciar de lo lindo mis pobres alfombras. Pero así son ustedes los hombres, ¿no es cierto?

Siguió hablando alegremente sobre la cacería y la escasez de pájaros y el prospecto de patos para el invierno. Para Frantom, todo sonaba absolutamente espantoso. Hizo un esfuerzo desesperado, aunque sólo parcialmente exitoso, por dirigir la conversación hacia un asunto menos aterrador; era consciente de que su anfitriona le prestaba sólo un fragmento de su atención, con la mirada desviándose constantemente de él hacia la ventana abierta y el prado más allá. Era ciertamente una coincidencia desafortunada que él hubiera tenido que hacer su visita en este trágico aniversario.

–Los médicos coinciden en ordenarme descanso absoluto, ausencia de excitación mental y rehuir cualquier cosa que tenga que ver con el ejercicio físico violento –anunció Framton, apoyándose en ese mito bastante extendido de que los completos extraños y la gente recién conocida están ansiosos por conocer el menor detalle sobre los achaques y las dolencias de uno, con su causa y su cura–. En cuanto al asunto de la dieta, no se han puesto muy de acuerdo –continuó.

–¿No? –preguntó la señora Sappleton, con una voz que sólo consiguió reemplazar por un bostezo a último momento. Entonces de repente se animó y prestó una atención inmediata, aunque no a lo que Framton decía.

–¡Llegaron, por fin! –gritó–. ¡Justo a tiempo para el té, y no parecen estar de barro hasta los ojos!

Framton se estremeció ligeramente y se volteó hacia la sobrina con una mirada que intentaba transmitir una comprensiva compasión. La muchacha miraba hacia afuera a través de la ventana abierta con un aturdido terror en

los ojos. Con la glacial sacudida de un temor sin nombre, Framton se movió en la silla y observó en la misma dirección.

En la creciente oscuridad del crepúsculo tres figuras cruzaban el jardín y caminaban en dirección a la puertaventana; cada una llevaba un arma bajo el brazo y una de ellas cargaba además un abrigo sobre los hombros. Un agotado spaniel castaño se mantenía a sus talones. Se acercaban silenciosamente hacia la casa, y entonces una ronca voz juvenil cantó bajo la oscuridad: ‘*I said, Berti, why do you bound?*’

Frantom agarró el bastón y el sombrero frenéticamente; la puerta de entrada, el camino de gravilla, y el portón del frente fueron etapas apenas advertidas en su precipitada retirada. Un ciclista que avanzaba por el camino tuvo que lanzarse al seto para evitar la inminente colisión.

–Ya estamos aquí, querida –dijo el que llevaba encima el impermeable cuando cruzó por la ventana–. Algo de barro, pero casi todo seco. ¿Quién era ese que salió corriendo cuando nos acercábamos?

–Un hombre de lo más particular, un tal señor Nuttel –contestó la señora Sappleton–. Sólo consiguió hablar de sus dolencias y se fue a toda prisa sin pronunciar una sola palabra de despedida o de disculpa cuando ustedes llegaron. Cualquiera pensaría que había visto un fantasma.

–Imagino que fue el spaniel –dijo la sobrina con tranquilidad–. Me confesó que le tenía pavor a los perros. Alguna vez fue perseguido por una jauría de perros parias hasta un cementerio en alguna parte por las orillas del Ganges, y tuvo que pasar la noche en una sepultura recién excavada, con las criaturas gruñendo, mostrándole los dientes y echando espuma por la boca justo encima suyo. Suficiente para que cualquiera pierda el valor.

Las historias improvisadas eran su especialidad.

Una mujer respetable

Kate Chopin 1851–1904

Nacida en Saint Louis, Missouri, E. U., quedó huérfana de padre antes de cumplir los cinco años y creció en un ambiente familiar habitado exclusivamente por mujeres, quienes se convertirán después en las protagonistas centrales de sus historias. Considerada en su tiempo una escritora polémica y desafiante, Chopin expuso, con humor y sin ambages, el conflicto entre la supuesta inocencia femenina y la sensualidad, entre el ímpetu físico y las convenciones sociales y religiosas de la era victoriana. Las tensiones sociales y raciales en la Nueva Orleans de mitad del siglo XIX también fueron escenario de su obra. Quiso, como su admirado Guy de Maupassant, escapar de la tradición y la autoridad y contar lo que vio de la vida de una "manera directa y sencilla".

La señora Baroda se molestó un poco al enterarse de que su esposo había invitado a su amigo Gouvernail a pasar una o dos semanas en la plantación. Durante el invierno, habían invitado y recibido a mucha gente y también habían pasado gran parte del tiempo en Nueva Orleáns, sumidos en una variada y suave disipación. Ahora, cuando ya estaba ansiosa por entrar en un periodo de descanso ininterrumpido y en un calmado *tête-a-tête* con su esposo, él le informaba que Gouvernail vendría a pasar una semana o dos en la plantación.

Era un hombre de quien había oído hablar mucho pero al que nunca había visto. Había sido compañero de universidad de su esposo; ahora era periodista pero no se trataba de ningún modo de un hombre de sociedad ni de un individuo popular, razones, quizás, por las que nunca lo había conocido. Sin embargo, se había formado inconscientemente una imagen de él.

Lo había imaginado alto, delgado y cínico; con anteojos y las manos siempre entre los bolsillos, y esa imagen no le gustó. En realidad, Gouvernail resultó ser un hombre delgado, pero no era alto y no era demasiado cínico; tampoco usaba anteojos ni llevaba las manos metidas en los bolsillos. Y cuando él se presentó por primera vez, a ella le gustó bastante.

Aún así, cuando intentó hacerlo, no pudo explicarse de manera totalmente satisfactoria por qué le había gustado. No consiguió descubrir en él ninguno de aquellos brillantes y prometedores rasgos que Gaston, su esposo, le había asegurado con tanta insistencia que poseía. Por el contrario, Gouvernail permaneció sentado, en silencio y en actitud receptiva hacia la parlanchina ansiedad con la que ella se esforzaba para hacerlo sentir en casa, y la elocuente hospitalidad de Gaston. Los modales de Gouvernail hacia ella resultaron tan corteses como los que podía reclamar la más exigente de las damas, pero no hizo ningún esfuerzo evidente por buscar su aprobación y ni siquiera su estima.

Una vez acomodado en la plantación, a Gouvernail parecía gustarle sentarse en el amplio pórtico sombreado de uno de los grandes pilares corintios, fumando su cigarro sin ningún afán y escuchando con atención el relato de la experiencia de Gastón como plantador de caña de azúcar.

–Esto es lo que yo llamo vida –murmuraba con profunda satisfacción; mientras que el aire que barría el sembrado de caña lo acariciaba con ese roce aterciopelado, cálido y aromático.

También le gustaba tratar con familiaridad a los grandes perros que se le acercaban y se frotaban amistosamente contra sus piernas. No le gustaba ir a pescar y no mostraba ningún afán por salir a cazar pinzones cuando Gastón se lo proponía.

La personalidad de Gouvernail desconcertaba a la señora Baroda, pero aún así le gustaba. En efecto, se trataba de un hombre adorable e inofensivo. Sin embargo, al cabo de varios días, cuando no logró comprenderlo mejor que al principio, dejó de sentirse desconcertada y empezó a estar irritada. Con ese estado de ánimo, dejaba solos, la mayor parte del tiempo, a su esposo y a su invitado. Sin embargo, al ver que Gouvernail no adoptaba ningún comportamiento excepcional frente a sus actos, decidió imponerle su presencia, acompañándolo en sus indolentes paseos hasta el molino y en sus caminatas por la elevada orilla del río. Buscaba con persistencia penetrar la circunspección en la que él se envolvía inconscientemente.

–¿Cuándo se marcha tu amigo? –le preguntó un día a su esposo–. Me tiene terriblemente agotada.

–No en menos de una semana, querida. Pero no te comprendo; él no ha causado ningún problema.

–No. Me gustaría más si lo hiciera; si se comportara como todo el mundo y yo pudiera planear algo para que se sienta cómodo y se divierta.

Gastón tomó el lindo rostro de su esposa entre las manos y miró tierno y sonriente sus atribulados ojos. Se encontraban juntos en el vestier de la señora Baroda, mientras terminaban de arreglarse un poco.

–Estás llena de sorpresas –le dijo él–. Ni siquiera yo puedo adivinar cómo vas a reaccionar bajo ciertas circunstancias.

Le dio un beso y pasó a ajustarse la corbata frente al espejo.

–Ahí estás –continuó–, tomándote en serio al pobre Gouvernail y creando toda una conmoción a su alrededor, que es lo último que él desearía o esperaría.

–¡Una conmoción! –replicó ella ofendida– ¡Qué insensatez! ¿Cómo puedes decir eso? ¡Una conmoción, cómo no! Y además, tú asegurabas que era un hombre inteligente.

–Y lo es. Pero el pobre se encuentra exhausto por el exceso de trabajo. Esa fue la razón por la que lo invité a venir aquí, para que se tomara un descanso.

–Solías decir que era un hombre de ideas –volvió a rebatir ella, aún inconforme–. De él esperaba que fuera, por lo menos, interesante. Partiré en la mañana hacia la ciudad para que me confeccionen los trajes de primavera. Avísame cuando el señor Gouvernail se haya ido. Estaré en casa de mi tía Octavie.

Esa noche ella salió y se sentó sola bajo un vigoroso roble, al borde del sendero de gravilla.

Nunca antes había sido consciente de que sus pensamientos y sus anhelos pudieran ser tan confusos. Lo único en claro que podía sacar de todo esto era la sensación de una evidente necesidad de abandonar la casa por la mañana.

La señora Baroda escuchó entonces el crujir de unos pasos sobre la gravilla, pero sólo consiguió discernir bajo la oscuridad el resplandor rojo

de un cigarro que se aproximaba. Supo que era Gouvernail, pues su esposo no fumaba. Esperaba mantenerse oculta, pero el blanco de su traje la delató. Gouvernail lanzó el cigarro lejos y se acomodó a su lado, sin pensar que a ella pudiera molestarle su presencia.

–Su esposo me pidió que le trajera esto, señora Baroda –le dijo, mientras le entregaba un pañolón blanco y casi transparente con el que algunas veces ella se cubría la cabeza y los hombros. Ella recibió el pañolón y lo agradeció con un murmullo mientras que lo dejaba sobre su regazo.

Gouvernail soltó entonces una observación banal sobre el nocivo efecto del aire nocturno en esa estación. Después, mientras su mirada se perdía lejos en la oscuridad, murmuró, un poco para sí mismo:

¡Noche de los vientos del Sur
noche de escasas e inmensas estrellas!
Silenciosa y somnolienta noche…

La señora Baroda no ofreció ningún comentario a ese apóstrofe hacia la noche, que, por supuesto, no iba dirigido a ella.

Gouvernail no era un hombre tímido y, de ninguna manera, una persona cohibida. Sus periodos de circunspección no formaban parte natural de su carácter, sino el resultado de algún particular estado de ánimo. Sentado ahí al lado de la señora Baroda, su silencio se disolvió paulatinamente.

Habló con espontaneidad y de manera íntima, con un matiz lento y vacilante que no resultaba nada desagradable. Habló de los pasados días en la universidad cuando él y Gastón habían sido tan amigos el uno del otro, de la época de las ciegas y entusiastas ambiciones y de los grandes proyectos. Ahora le quedaban, al menos, cierta filosófica resignación frente al orden existente; el deseo de que simplemente se le permitiera existir y de vez en cuando alguna ligera bocanada de auténtica vida, como la que estaba respirando en ese instante.

La mente de la señora Baroda apenas si captaba lo que él estaba diciendo. Por el momento, lo que predominaba era su ser físico. Ella no pensaba en las palabras de él, estaba embebida únicamente en los tonos de su voz. Quiso estirar la mano en la oscuridad y con la delicada punta de sus dedos tocarle la cara o los labios. Quiso acercarse a él y susurrar contra su mejilla –no le importaba susurrarle qué– como lo hubiera hecho si no fuera una mujer respetable.

Entre más fuerte era el impulso de acercarse a él, más lejos, de hecho, se retiraba. Tan pronto como pudo hacerlo sin que pareciera demasiado grosera, se levantó y lo dejó ahí solo.

Antes de que ella llegara a la casa, Gouvernail encendía un nuevo cigarro y concluía su apóstrofe hacia la noche.

La señora Baroda se sintió fuertemente tentada a contarle a su esposo –quien además era su amigo– sobre esa locura que se había apoderado de ella. Pero no sucumbió a la tentación. Además de ser una mujer respetable era también una mujer bastante sensata, y sabía que había algunas batallas en la vida que los seres humanos deben combatir en solitario.

Cuando Gastón se levantó por la mañana, su esposa ya había partido. Había tomado uno de los primeros trenes a la ciudad. No regresó sino hasta cuando Gouvernail había abandonado la casa.

Conversaron sobre la posibilidad de recibirlo de nuevo en el próximo verano. Así lo deseaba Gastón, pero su deseo cedió ante la estruendosa oposición de su mujer.

Sin embargo, antes de que terminara el año, ella propuso, por su propia iniciativa, decirle a Gouvernail que los visitara de nuevo. Su esposo se mostró sorprendido y encantado de que la sugerencia viniera de ella.

–Me alegra saber, que finalmente has logrado sobreponerte a tu fastidio hacia él; de verdad que no se lo merece.

–¡Oh! –le contestó ella sonriendo, después de plantarle un largo y cariñoso beso en los labios–. ¡He logrado sobreponerme a todo! Ya lo verás. Esta vez seré muy amable con él.

Los años de madurez

Henry James 1843–1916

> Nacido en Nueva York, E.U., vivió gran parte de su vida en Londres, Inglaterra. Hijo de un reconocido teólogo y hermano de un psicólogo famoso, Henry James es considerado uno de los más grandes narradores de la literatura occidental. Dejó varias novelas hoy en día verdaderos clásicos, como *Retrato de una dama*, *La otra vuelta de tuerca*, *Washington Square* o *La lección del maestro*, para mencionar sólo algunas. Cultivó el cuento con igual maestría, género donde combinó múltiples temas, como lo sobrenatural y fantástico, la muerte, el paso del tiempo y, en muchos casos, el oficio de la escritura. "Es una figura tan única en la historia de la novela como Shakespeare en la historia de la poesía", diría de James el escritor Graham Greene.

Ese día de abril era agradable y despejado, y el pobre Dencombe, feliz con la presunción de haber recuperado la energía, se encontraba de pie en el jardín del hotel, comparando, con una deliberación en la que sin embargo aún flotaba cierta languidez, los atractivos de las caminatas más cómodas. Le gustaba la sensación del sur en tanto pudiera experimentarla en el norte, le gustaban los acantilados de arena y los pinos arracimados, le gustaba incluso el mar incoloro. "Bournemouth, centro de salud" le había sonado como simple propaganda, pero se sentía ahora agradecido con las comodidades ordinarias. El amigable cartero rural, al pasar por el jardín, le acababa de entregar un paquete pequeño que decidió llevar consigo, abandonando el hotel hacia la derecha y avanzando con paso lento hacia una banca que conocía, un nicho seguro en el acantilado. El nicho miraba hacia el sur, hacia las teñidas paredes de la isla, y por detrás quedaba protegido por el declive ondulado de la pendiente. Estaba ya bastante agotado cuando llegó y por un momento se sintió decepcionado; se sentía mejor, por supuesto, pero, después de todo, ¿mejor que qué? Nunca volvería a ser, como en uno o dos grandes momentos del pasado, mejor de lo que era. El infinito de la vida había desaparecido, y lo que quedaba de la dosis era un pequeño recipiente, marcado como un termómetro por el boticario. Se sentó y observó el mar, que parecía sólo superficie y centelleo, mucho menos profundo que el espíritu del hombre. El abismo de la ilusión humana

era la profundidad verdadera y sin mareas. Sostuvo el paquete traído por el correo de libros, sin abrir sobre la rodilla, complacido, a falta de tantas alegrías –su enfermedad le había hecho sentir la edad–, con el hecho de saber que el libro estaba ahí, pero consciente de que no podía haber una renovación completa de ese placer, tan apreciado por la experiencia juvenil, de verse a sí mismo "recién salido". Dencombe, quien ya contaba con una reputación, había publicado muchísimas veces y sabía muy bien cuál debía ser su naturaleza.

Esta postergación quedó de alguna forma asociada, al cabo de un rato, a un grupo de tres personas, dos señoras y un hombre joven, que más abajo avanzaban sin rumbo y aparentemente en silencio, y a quienes pudo ver moviéndose juntos y con lentitud por la arena. El joven mantenía la cabeza inclinada frente a un libro y de vez en cuando se detenía hechizado por ese volumen que, como podía percibir Dencombe incluso a esta distancia, tenía una seductora cubierta roja. Entonces sus acompañantes, que avanzaban un poco más adelante, esperaban a que él las alcanzara, hurgando en la arena con sus parasoles, mirando el mar y el cielo alrededor y evidentemente impresionadas por la belleza de ese día. Ante lo cual el joven del libro se mostraba aún más claramente indiferente; esa manera de quedarse atrás, crédulo, absorto, lo convertía en objeto de envidia para un observador que había perdido esa candidez en su relación con la literatura. Una de las mujeres era acuerpada y madura; la otra mostraba la delgadez de una relativa juventud y de una situación social probablemente inferior. La mujer acuerpada devolvió la imaginación de Dencombe a la época de la crinolina; llevaba puesto un sombrero en forma de champiñón, decorado con un velo azul, y, en su agresiva amplitud, tenía el aire de aferrarse a una moda desaparecida o incluso a una causa perdida. Entonces su acompañante extrajo de entre los pliegues de una manta una silla portátil flexible, que afirmó en el piso y de la que tomó posesión la inmensa dama. Este acto, y algo en el movimiento de cada una, caracterizó de inmediato a las ejecutantes –actuaban para recreación de Dencombe– como la opulenta matrona y su humilde subordinada. Por otra parte, ¿dónde estaba la gracia de ser un reconocido novelista si uno no podía establecer el vínculo entre estos personajes? La ingeniosa hipótesis, por ejemplo, de que el joven era el hijo de la opulenta matrona y que la humilde subordinada, hija a su vez de un clérigo o de un oficial, alimentaba una secreta pasión por él. ¿No resultaba evidente por la manera como ella se deslizaba furtivamente tras su

protectora para voltearlo a mirar? Allá, donde él había decidido detenerse cuando su madre se sentó a descansar. El libro era una novela, tenía una encuadernación barata; así que mientras el romance de la vida permanecía inadvertido a su lado, él se extraviaba en el de la biblioteca circulante. El joven se movió de manera mecánica hacia donde la arena era más suave y se dejó caer, para terminar con comodidad el capítulo. La humilde dama de compañía, desalentada por el aislamiento del joven, vagó en otra dirección, con la cabeza caída en un gesto martirizado, mientras que la exorbitante dama, observando las olas, ofrecía un confuso parecido con una máquina voladora que se hubiera averiado.

Cuando el drama empezó a perder fuerza, Dencombe recordó que después de todo tenía otro pasatiempo. Aunque era rara tal prontitud por parte del editor, ya podía sacar del envoltorio su “más reciente” y tal vez última producción. La cubierta de *Los años de madurez* tenía la ornamentación que era de esperarse y el aroma de las páginas nuevas era el mismo de la santidad; pero por el momento la cosa quedó ahí: acababa de ser consciente de un extraño desvarío. Se le había olvidado de qué se trataba el libro. ¿El ataque de su vieja dolencia, de la que engañosamente buscaba protegerse aquí en Bournemouth, habría interpuesto un vacío total frente a todo lo que había sucedido antes? Había terminado la revisión de las pruebas antes de salir de Londres, pero la quincena siguiente que pasó en cama desdibujó todos los matices. No hubiera podido recitarse a sí mismo una sola frase, no podría volver a una sola página con curiosidad o confianza. El tema ya se le había escapado, dejando atrás una ilusión fugaz. Lanzó un gemido sordo mientras respiraba el aire helado de ese oscuro vacío, que parecía representar de una forma tan desesperada la conclusión de un proceso siniestro. Las lágrimas llenaron sus ojos mansos; algo precioso había muerto. Esta había sido la punzada más aguda durante los últimos años; la sensación del tiempo menguante, de las oportunidades reducidas; y ahora sentía no tanto que se le estaba yendo su última oportunidad sino que ya se le había ido. Había hecho todo lo que tenía que hacer, y aún así no había hecho lo que hubiera querido. Esta era la laceración: que su carrera, prácticamente, había concluido; y era tan brutal como una garra en su garganta. Se levantó nerviosamente –una criatura acosada por el pavor–, pero la debilidad lo hizo caer de nuevo y abrió el libro. Venía en un solo volumen; él prefería los volúmenes sencillos y su deseo era lograr una rara concisión. Empezó a leer y, poco a poco, gracias a

esta labor, se apaciguó y recuperó la calma. Todo volvió a él de nuevo, pero volvía con un asombro, volvía sobre todo con una belleza soberbia y magnífica. Leyó su propia prosa, pasó sus propias hojas y lo embargó, sentado ahí con el resplandor de la primavera sobre la página, una emoción peculiar e intensa. Su carrera había terminado, no había ninguna duda, pero terminaba, cuando ya todo había sido dicho, con *eso*.

Durante la enfermedad había olvidado la obra del año anterior, pero sobre todo había olvidado que fuera tan extraordinariamente buena. Se sumergió una vez más en su historia y fue arrastrado al fondo, como por la mano de una sirena, hasta donde, en el turbio mundo subterráneo de la ficción, en el inmenso y lustroso tanque del arte, salieron a flote temas extraños y silenciosos. Reconoció su intención y se rindió ante su talento. Tal vez nunca antes ese talento, tal como era, había sido tan refinado. Las dificultades seguían ahí presentes, pero lo que también estaba presente, para su percepción, aunque, ¡ay!, probablemente para nadie más, era el arte con el que las había logrado superar en la mayoría de los casos. En el asombrado disfrute de esta habilidad alcanzó a entrever un posible indulto. Con seguridad la fuerza de esta destreza no se había agotado del todo, aún había en ella vida y provecho. No le había llegado fácilmente, se había presentado con retraso y con rodeos. Era la hija del tiempo, la criatura de la tardanza; él había luchado y sufrido por ella, haciendo incontables sacrificios, y entonces ahora que estaba realmente madura ¿iba a dejar de dar frutos y reconocerse brutalmente derrotada? Para Dencombe había un encanto infinito en el hecho de sentir, como no lo había sentido nunca antes, que la dedicación *vincit omnia*[1]. El resultado obtenido en su pequeño libro era de alguna forma un resultado que estaba más allá de su intención consciente: era como si hubiera plantado su genio y hubiera confiado en su método y los dos hubieran crecido y florecido con esta dulzura. Si el logro había sido real, el proceso, sin embargo, había sido más que doloroso. Lo que veía hoy con tanta intensidad, lo que sentía como un clavo que se le incrustaba, era que sólo hasta ahora, justo al final, él adquiría esa habilidad. Su desarrollo había sido anormalmente lento, casi grotescamente gradual. Se había visto limitado y retardado por la experiencia, había avanzado a tientas por largos periodos. Le había tomado mucho de su vida producir muy poco de su arte. El arte había llegado, pero había llegado después de todo lo otro. A semejante ritmo, una primera existencia resultaba demasiado breve; buena sólo para recopilar material; así que para fructificar, para hacer

uso del material, uno debería contar con una segunda vida, con una extensión. Y esta extensión era por lo que suspiraba el pobre Dencombe. Mientras terminaba de pasar las últimas hojas del libro murmuró: "¡Ah, por un nuevo intento, por una mejor oportunidad!

Las tres personas a las que siguió con atención por la arena habían desaparecido y vuelto a aparecer; ascendían ahora por un sendero, una pendiente artificial y fácil, que llevaba a la punta del acantilado. La banca de Dencombe se encontraba en la mitad de la pendiente, en una saliente protegida, y la corpulenta dama, una persona imponente y heterogénea, de brillantes ojos negros y tersas mejillas coloradas, se tomaba ahora unos momentos para descansar. Llevaba puestos unos guantes sucios y unos inmensos aretes de diamante; a primera vista parecía vulgar, pero contrarrestó este rótulo con un agradable aire de informalidad. Mientras sus acompañantes la esperaban sin moverse, extendió su falda sobre el borde de la banca de Dencombe. El joven llevaba unos anteojos dorados, por entre los que observó, con el dedo aún metido en su libro de cubierta roja, el volumen encuadernado en un tono del mismo color, que descansaba en el regazo del ocupante original de la banca. Un instante después, Dencombe intuyó que al joven lo impresionaba el parecido; había reconocido el estampado dorado sobre la tela carmesí, estaba leyendo *Los años de madurez* y ahora advertía que alguien más le mantenía el paso. El desconocido se mostró impresionado, posiblemente un poco ofendido, al descubrir que no era él la única persona favorecida con uno de los primeros ejemplares. Los ojos de los dos beneficiarios se cruzaron por un segundo, y Dencombe encontró divertida la expresión en los de su competidor, en los ojos, incluso podía inferirse, de su admirador. Manifestaban algo de resentimiento, parecían declarar: "¡Por Dios! ¿es que *ya* lo tiene? ¡Por supuesto que se tratará de alguna bestia de reseñador!" Dencombe apartó su ejemplar de la vista mientras la opulenta matrona, levantándose de su descanso, exclamaba:

–¡Ya siento las bondades de este aire!

–Yo no podría decir lo mismo –dijo la señorita con su aspecto anguloso–. Me siento bastante decaída.

–Y yo me siento terriblemente hambrienta. ¿A qué hora ordenaste el almuerzo? –insistió su protectora.

La joven eludió la pregunta.

–El doctor Hugh siempre la ordena.

–Hoy no ordené nada; la voy a poner a dieta –contestó su compañero.

–Entonces debería irme a casa a dormir. ¡Quien duerme, come!

–¿La puedo confiar a la señorita Vernham? –preguntó el doctor Hugh a su acompañante mayor.

–¿No confío yo en *usted*? –preguntó ella a su vez, con malicia.

–¡No demasiado! –se permitió declarar la señorita Vernham, con los ojos puestos en el piso–. Usted debería venir con nosotras al menos hasta la casa–, insistió, mientras el personaje a quien ellos dos parecían estar atendiendo empezó a escalar más alto. Estaba ya casi fuera del alcance del oído, pero aún así la señorita Vernham, en cuanto a lo que tenía que ver con Dencombe, se volvió mucho menos audible para murmurarle al joven caballero: –¡No creo que usted se dé cuenta de todo lo que le debe a la Condesa!

Distraídamente, por un segundo, el doctor Hugh hizo que el aro de sus anteojos dorados la iluminara.

–¿Así es como la impresiono a usted? ¡Ya veo! ¡ya veo!

–Ella es excesivamente buena con nosotros –continuó diciendo la señorita Vernham, forzada, por la falta de movimiento del otro, a permanecer ahí a pesar de lo privado de la conversación. ¿De qué le hubiera servido a Dencombe ser sensible a los matices si no hubiera detectado en la inmovilidad del joven la extraña influencia del viejo y silencioso convaleciente, envuelto en su gran capa de lana? La señorita Vernham pareció percibir de repente algún tipo de conexión entre ellos, pues añadió al cabo de un rato:

–Si desea tomar el sol aquí podría regresar después de acompañarnos hasta la casa.

Ante estas palabras, el doctor Hugh vaciló, y Dencombe, pese a su deseo de mostrarse como si no se percatara de nada, se arriesgó a lanzarle una mirada disimulada. Lo que encontraron sus ojos en esta oportunidad fue, por parte de la joven dama, una extraña mirada fija, de naturaleza vítrea,

que le hizo recordar algún personaje –que no podía nombrar– de una obra de teatro o de una novela, alguna siniestra institutriz o una trágica solterona. Ella parecía escudriñarlo, desafiarlo, exclamar con total desdén: “¿Y usted qué tiene que ver con nosotros?” En ese preciso instante el humor gracioso de la condesa los alcanzaba desde arriba:

–Vengan, vengan, mis pequeños corderos; ¡tienen que seguir a su vieja pastora!

La señorita Vernham se dio vuelta y prosiguió con el ascenso, y el doctor Hugh, después de otra silenciosa llamada a Dencombe y de una evidente pero fugaz vacilación, puso su libro en la banca como para guardar el puesto, o como señal de su ansioso regreso, y avanzó a saltos y sin ninguna dificultad hacia la parte más empinada del acantilado.

Tan inocentes como infinitos son los placeres de la observación y los recursos engendrados por la manía de analizar la vida. Mientras se abandonaba a su tibio baño de aire, al pobre Dencombe lo divirtió creer que estaba esperando la revelación de algo salido del fondo de una refinada mente joven. Observó fijamente el libro en el borde de la banca, pero no lo habría tocado por nada del mundo. Le servía a su propósito de contar con una teoría que no debería exponerse a refutación. Ya se sentía mejor de su melancolía; según su vieja fórmula, ya asomaba la cabeza por la ventana. El paso de una condesa podía hacer afluir cualquier fantasía cuando esta, como la mayor de las damas que acababan de retirarse, resultaba tan ostensible como la mujer gigante de una caravana circense. Si hay algo terrible son las perspectivas generales; las breves y súbitas, contrario a la opinión expresada algunas veces, significan refugio, remedio. El doctor Hugh no podía ser sino un reseñador que tuviera algún arreglo con los editores y los periódicos para recibir los primeros ejemplares. El médico reapareció un cuarto de hora más tarde, visiblemente complacido de encontrar a Dencombe en el mismo rincón y con el destello de unos dientes blancos en una sonrisa azorada pero generosa. Se veía perceptiblemente desilusionado ante el eclipse de la otra copia del libro; perdía así un pretexto para hablar con el caballero que se mantenía en silencio. Pero habló, no obstante; sostuvo en el aire su propio ejemplar y declaró en una exclamación:

–¡Si tiene usted ocasión de escribir al respecto, diga qué es lo mejor que él ha hecho hasta ahora!

Dencombe se rió como respuesta. El *hasta ahora* le resultaba totalmente divertido y abría una grandiosa avenida hacia el futuro. Aún mejor, el joven caballero lo tomaba *a él* por reseñador. Sacó de debajo de la capa *Los años de madurez,* pero ocultó instintivamente cualquier reveladora expresión de paternidad. En parte lo hizo porque la gente siempre actúa tontamente cuando les insiste a los otros en su obra.

–¿Eso es lo que piensa decir usted? –le preguntó a su visitante.

–No estoy muy seguro si deba escribir algo. No lo hago, por lo regular; disfruto en paz. Pero esto es terriblemente bueno.

Dencombe pensó: si el joven hubiera empezado a injuriarlo él habría revelado de inmediato su identidad, pero no hacía ningún daño estimular el impulso a los elogios. Lo llevó a cabo con tanto éxito que en pocos segundos su nuevo conocido, sentado al lado suyo, ya confesaba con total franqueza que las obras del autor del par de volúmenes que tenían al frente eran las únicas que podía leer por segunda vez. Había llegado de Londres el día anterior, donde un amigo suyo, un periodista, le había prestado su copia; la copia enviada a la redacción del periódico, ya había sido objeto de una "nota" que, según afirmaba –aunque hay que tener en cuenta la "fanfarronería"–, la elaboró en tan solo un cuarto de hora. Confesó que se sentía avergonzado de su amigo por tan vulgares modales, sobre todo en el caso de una obra que demandaba y compensaba un estudio detallado; y, así, con esa espontánea apreciación y ese deseo tan irregular para expresarla, empezó a convertirse en una extraordinaria y deliciosa aparición para el pobre Dencombe. El azar había puesto al fatigado hombre de letras cara a cara con su mayor admirador entre las nuevas generaciones, y de quien se suponía él podría en lo sucesivo ufanarse. El admirador, en verdad, era desconcertante, y resultaba un caso rarísimo encontrarse con un joven médico hirsuto –tenía el aspecto de un fisiólogo alemán–enamorado de la forma literaria. Era un accidente, pero más afortunado que la mayoría de los accidentes, así que Dencombe, tan emocionado como confundido, pasó media hora haciendo hablar a su visitante mientras él permanecía en silencio. Explicó la prematura posesión de una copia de *Los años de madurez* aludiendo a su amistad con el editor, quien, al saber que se encontraba en Bournemouth por cuestiones de salud, había tenido con él esa delicada atención. Reconoció haber estado enfermo, pues el doctor Hugh de todos modos lo hubiera adivinado; incluso fue más allá, al preguntarse si no

debería indagar por algún “consejo” higiénico de un personaje que combinaba de forma tan brillante el entusiasmo con algún presumible conocimiento de los remedios en boga. Quizás su fe se tambalearía si tuviera que tomar en serio a un médico que podía tomarlo *a él* tan seriamente, pero disfrutaba con esa efusiva juventud moderna y sintió, con una aguda punzada, que aún habría trabajo por hacer en un mundo donde se presentaban estas combinaciones tan insólitas. No era cierto, como había intentado creer en su momento de renuncia, que todas las combinaciones se habían agotado. No estaban agotadas, de ningún modo; eran infinitas; el agotamiento se daba en el desgraciado artista.

El doctor Hugh, un ardiente fisiólogo, estaba saturado del espíritu de la época; en otras palabras, acababa de recibir su título; pero era independiente y polifacético, y hablaba como un hombre que hubiera preferido amar la literatura por encima de todo. Le hubiera encantado elaborar frases elegantes, pero la naturaleza le había negado ese don. Algunas de las frases más exquisitas en *Los años de madurez* lo habían impresionado extraordinariamente, y se tomó la libertad de leérselas a Dencombe para sustentar su alegato. Bajo el aire tibio, adquirió intensidad frente a su interlocutor; parecía haber sido enviado para su más completo deleite; y sonó particularmente ingenioso al describir lo recientemente que había entrado en contacto, y hasta qué punto había quedado encantado, con el único hombre que supo poner carne entre las costillas de un arte que languidecía a punta de supersticiones. Aún no le había escrito; lo frenaba un afán de respeto. En este punto, Dencombe internamente se alegraba más que nunca no haber accedido a los fotógrafos. La actitud de su visitante le auguraba un intercambio maravilloso, aunque estaba seguro de que para el doctor Hugh esa favorable libertad dependería no poco de la voluntad de la condesa. Se enteró en seguida de qué tipo de condesa se trataba, y comprendió además la naturaleza del vínculo que unía al curioso trío. La voluminosa dama, inglesa de nacimiento e hija de un reconocido barítono, cuyo gusto –aunque sin su talento– ella había heredado, era viuda de un noble francés y señora de todo lo que había quedado de una atractiva fortuna, fruto de las ganancias de su padre, y que había constituido su dote. La señorita Vernham, una criatura curiosa, pero una dotada pianista, estaba unida a ella por un sueldo. La condesa era generosa, independiente, excéntrica; viajaba con su intérprete musical y con su médico. Ignorante y apasionada, tenía sin embargo momentos en los que era casi irresistible.

Dencombe la vio posar para su retrato en el libre boceto del doctor Hugh y sintió que la pintura de la relación que tenía su joven amigo con ella se le enmarcaba en la mente. Este joven amigo, para ser un representante de la nueva psicología, resultaba muy fácil de hipnotizar, y mostrarse anormalmente comunicativo era una señal de su verdadero sometimiento. Así pues, Dencombe hizo con él lo que se le antojó, incluso sin haberse dado a conocer como Dencombe.

Habiendo caído enferma en un viaje por Suiza, la condesa lo encontró en un hotel, y como además le agradaba decidió ofrecerle, con su imperiosa generosidad, unas condiciones que no dejaron de deslumbrar a un médico prácticamente sin pacientes y cuyos recursos se habían agotado con los estudios. No era la forma como él se hubiera propuesto pasar el tiempo, pero se trataba de un tiempo que pasaría rápido, y por lo pronto la condesa era maravillosamente amable. Exigía atención perpetua, pero era imposible que a uno no le cayera bien. Ofreció detalles sobre su singular paciente, todo un "tipo" si es que existía uno, que sufría, en conexión con su abundante obesidad, y como añadidura a la mórbida tensión de una voluntad violenta y sin objetivo, un grave trastorno orgánico; pero regresó a su amado novelista, a quien tuvo la bondad de declarar más esencialmente poeta que muchos de aquellos que se lanzaban al verso, con un celo estimulado, como lo había sido también toda su anterior indiscreción, por el feliz azar de la amabilidad de Dencombe y por la coincidencia de tener los dos la misma distracción. Dencombe confesó haber conocido de pasada al autor de *Los años de madurez*, pero no estaba tan preparado como hubiera querido cuando su acompañante, que nunca hasta ahora se había cruzado con un ser tan privilegiado, empezó a mostrarse impaciente por los detalles. Incluso adivinó en ese momento un destello de sospecha en los ojos del doctor Hugh. Pero el joven caballero se encontraba demasiado exaltado como para mostrarse suspicaz y no dejaba de agarrar el libro y exclamar "¿Se dio cuenta de esto?" o "¿No se sintió totalmente impresionado con aquello?"

–Hay un hermoso pasaje hacia el final –exclamó y agarró de nuevo el volumen. Cuando pasaba las páginas se encontró con algo distinto, y Dencombe descubrió que el médico cambiaba súbitamente de color. Como también estaba sobre la banca, había agarrado la copia de Dencombe y no la

suya, y su vecino adivinó de inmediato la causa de su sorpresa. El doctor Hugh permaneció serio por un instante, después comentó:

–¡Veo que ha estado modificando el texto!

Dencombe era un apasionado de la corrección, un retocador del estilo; la última cosa a la que rara vez arribaba era a una versión definitiva para él. Su ideal hubiera sido publicar en secreto, y entonces, sobre el texto publicado, entregarse a la aterradora corrección, sacrificando siempre una primera edición y empezando, para la posteridad e incluso para los coleccionistas, con una segunda. Esa mañana su lápiz había marcado, sobre las páginas de *Los años de madurez*, una docena de indicaciones. Se sintió desconcertado por el efecto del reproche del joven y por un segundo alcanzó a cambiar de color. Tartamudeó de forma ambigua y entonces vio, por entre la neblina de su conciencia en descenso, los ojos perplejos del doctor Hugh. Apenas tuvo tiempo para sentir que se enfermaba de nuevo; la emoción, el entusiasmo, la fatiga, el calor del sol, la ansiedad por el aire, se habían combinado para jugarle una broma, y entonces, extendiendo una mano hacia su compañero con un quejido de dolor, perdió el sentido completamente.

Después supo que se había desmayado y que el doctor Hugh lo había conducido hasta la casa en una silla de ruedas cuyo conductor, que siempre rondaba por ahí al alcance de los clientes, casualmente recordaba haberlo visto por el jardín del hotel. Había recobrado la conciencia en el trayecto, y esa tarde, en la cama, le llegó un recuerdo vago del joven rostro del doctor Hugh, mientras avanzaban juntos, inclinado sobre él con una sonrisa consoladora y que expresaba algo más que una sospecha de su identidad. Esta identidad era ahora imborrable, pero sobre todo se sentía triste y dolido. Había sido imprudente, estúpido, había salido demasiado pronto, había estado por fuera demasiado tiempo. No se debió haber expuesto ante los desconocidos, debió haber llevado consigo a su criado. Sentía como si se hubiera precipitado a un agujero demasiado profundo como para divisar un pequeño trozo de cielo. Estaba confundido respecto al tiempo que había pasado; juntó los fragmentos sueltos. Había visto a su médico, el verdadero, el mismo que lo había tratado desde el comienzo y quien se había mostrado de nuevo muy amable. Su criado entraba y salía en puntas de pie, comportándose con mucha prudencia después de lo sucedido. Más de una vez mencionó algo sobre el inteligente joven. El resto era vaguedad cuando

no desesperación. Esa imprecisión se justificó, sin embargo, con sueños, con aletargadas ansiedades de las que emergió finalmente a la conciencia de un cuarto oscuro y una vela tras una pantalla.

–Volverá a estar bien; sé todo respecto a usted –dijo una voz cerca y que reconoció como una voz joven. Entonces recordó su encuentro con el doctor Hugh. Se sentía aún muy desalentado como para bromear al respecto, pero después de un rato advirtió que el interés por parte de su visitante era intenso.

–Por supuesto que yo no puedo atenderlo a usted profesionalmente; usted tiene su propio hombre, con quien hablé y es excelente –El doctor Hugh continuó: Pero usted debe permitirme venir a visitarlo como a un buen amigo. Sólo he pasado un momento antes de ir a dormir. Está reaccionando perfectamente, pero es un golpe de suerte que yo me encontrara con usted en el acantilado. Vendré mañana temprano. Quiero hacer algo por usted. Quiero hacer todo. Usted ha hecho muchísimo por mí.

El joven médico sostuvo su mano, inclinado sobre él, y el pobre Dencombe, consciente apenas de esta presión viva, simplemente permaneció tendido ahí y aceptó su devoción. No podía hacer menos; necesitaba mucho cualquier ayuda.

La idea de necesitar una ayuda la tuvo muy presente durante esa noche, que pasó en una inmovilidad lúcida, en una intensidad de reflexión que constituía una reacción a las horas de estupor. Estaba perdido, estaba perdido; estaba perdido si no podía ser salvado. No le temía al sufrimiento, ni a la muerte, ni siquiera estaba enamorado de la vida; pero había tenido una profunda muestra de deseo. A lo largo de esas silenciosas horas, se le ocurrió que sólo con *Los años de madurez* había tomado vuelo; sólo hasta ese día, visitado por una procesión silenciosa, reconocía su reino. Había tenido una revelación de su verdadero alcance. Lo que lo horrorizaba era la idea de que su reputación tuviera que sostenerse sobre algo inconcluso. No era con su pasado sino con su futuro con lo que debía estar relacionada esa reputación. La enfermedad y la edad se levantaban ante él como espectros de mirada inmisericorde: ¿cómo iba a sobornar a semejantes hados para que le dieran una segunda oportunidad? Había tenido la misma oportunidad que tienen todos los hombres: había tenido la oportunidad de la vida. Se durmió

de nuevo ya muy tarde, y cuando despertó el doctor Hugh se encontraba sentado cerca. Ya había, para entonces, algo hermosamente familiar en él.

–No crea que he echado a su médico –dijo–. Actúo con su consentimiento. Estuvo aquí y lo examinó. De alguna forma parece confiar en mí. Le conté cómo nos encontramos casualmente ayer usted y yo, y ha reconocido que tengo un derecho especial.

Dencombe sintió la apremiante expresión en su rostro.

–¿Cómo ha logrado arreglárselas con la condesa?

El joven se ruborizó levemente, pero le restó importancia.

–Oh, ¡no se preocupe por ella!

–Usted me dijo que era muy exigente.

El doctor Hugh hizo una pausa.

–Y lo es.

–Y la señorita Verham es una *intrigante*.

–¿Cómo lo sabe?

–Lo sé todo. ¡Uno *tiene* que saberlo todo para escribir decentemente!

–Creo que está loca –afirmó con claridad el doctor Hugh.

–Bueno, pero no se pelee con la condesa; en este momento es una ayuda para usted.

–Yo no peleo –replicó el doctor Hugh–. Pero no congenio con mujeres tontas –Entonces añadió–: Usted parece estar muy solo.

–Eso es algo que sucede a menudo a mi edad. He sobrevivido, he sufrido pérdidas a lo largo del camino.

El doctor Hugh vaciló y entonces preguntó, venciendo un leve escrúpulo:

–¿A quién ha perdido?

–A todos.

–¡No! –dijo el joven en voz baja, poniéndole una mano en el hombro.

–Alguna vez tuve una mujer… alguna vez tuve un hijo. Mi esposa murió cuando nació mi hijo y mi hijo, en la escuela, cayó víctima del tifus.

–¡Desearía haber estado ahí! –exclamó el doctor Hugh.

–Bueno… ¡pero está aquí! –contestó Dencombe con una sonrisa que, a pesar de la penumbra, evidenciaba el valor que tenía para él sentirse seguro del paradero de su acompañante.

–Se refiere de una manera extraña a su edad. Usted no está viejo.

–¡Hipócrita… tan pronto!

–Hablo en sentido fisiológico.

–Así es como yo he estado hablando por los últimos cinco años, y es exactamente lo que me he estado diciendo a mí mismo. No es sino hasta cuando *somos* viejos que empezamos a decir que no lo somos.

–Pero yo sé que soy joven –replicó el doctor Hugh.

–¡No lo sabe tanto como yo! –se rió su paciente, y su visitante en efecto prácticamente confirmó esa verdad por la honestidad con la que cambió el punto de vista, recalcando que uno de los encantos de la edad –y en todo caso cuando se acompaña de una alta distinción– debería ser sentir que uno ha trabajado y ha conseguido logros. El doctor Hugh empleó la conocida expresión de ganarse el propio descanso, lo que, por un instante, hizo poner al pobre Dencombe casi furioso. Se recompuso, sin embargo, para explicar, con suficiente lucidez, que si él, por desgracia, no sabía nada sobre ese bálsamo, era sin duda porque había desperdiciado años inapreciables. Se había dedicado a la literatura desde el principio, pero le había tomado toda una vida ponerse a la par con ella. Sólo hasta hoy había empezado finalmente a *ver*, de forma que todo lo que había mostrado hasta ahora era una maniobra sin dirección. Había madurado demasiado tarde y estaba tan torpemente constituido que había tenido que instruirse a sí mismo a punta de errores.

–Prefiero entonces sus flores a las frutas de otros, y sus errores a los éxitos de otra gente –afirmó cortésmente el doctor Hugh–. Es por sus errores que lo admiro.

–Usted es feliz… no sabe –respondió Dencombe.

Después de mirar el reloj, el joven se puso de pie y anunció la hora de la tarde a la que regresaría. Dencombe lo previno contra comprometerse demasiado, y expresó de nuevo su temor de hacerlo descuidar a la condesa, y quizás provocar su disgusto.

–Quiero ser como usted… ¡quiero aprender por medio de errores! –se rió el doctor Hugh.

–¡Tenga cuidado de no cometer uno demasiado grave! Pero regrese –añadió Dencombe, con el indicio de una nueva idea.

–¡Debería haber tenido usted más vanidad! –proclamó su amigo, como si conociera la dosis exacta requerida para hacer de un hombre de letras alguien normal.

–No, no… sólo debería haber tenido más tiempo. Deseo una nueva oportunidad.

–¿Una nueva oportunidad?

–Deseo una prórroga.

–¿Una prórroga? –de nuevo el doctor Hugh repetía las palabras de Dencombe, con las que parecía haber sido golpeado.

–¿No lo sabe?… Deseo lo que ellos llaman ‘vivir’.

El joven, como despedida, había tomado a Dencombe de la mano, que estrechó con cierta fuerza. Se miraron el uno al otro fijamente.

–Usted *vivirá* –dijo el doctor Hugh.

–No sea superficial. ¡Esto es demasiado serio!

–¡Usted *debe* vivir! –declaró el visitante de Dencombe, poniéndose pálido.

–¡Ah, eso está mejor! –y, mientras se retiraba, el inválido, con una risa de inquietud, se dejó caer de nuevo hacía atrás agradecido.

Durante todo ese día y durante toda la noche siguiente se preguntó si la cosa podía arreglarse. Su médico regresó, su criado se mostraba atento, pero era su joven confidente hacia quien se sentía mentalmente atraído. El colapso en el acantilado tenía una explicación verosímil y su liberación, en el mejor de los casos, era una promesa de futuro; mientras tanto, sin

embargo, la intensidad de sus meditaciones lo mantenía tranquilo y lo hacía sentir indiferente. La idea que lo ocupaba no era menos absorbente pues era una fantasía mórbida. Había encontrado a un inteligente hijo de la época, ingenioso y apasionado, que daba la casualidad de haberlo elegido a él como objeto de culto. Este siervo de su altar contaba con todo el nuevo aprendizaje de la ciencia y con toda la vieja reverencia de la fe; ¿no pondría entonces, todo su conocimiento a disposición de esa estima, todo su oficio a disposición de ese amor? ¿No podía confiar en que el joven médico inventara un remedio para un pobre artista a cuyo arte él le había pagado un tributo? Si el joven no podía hacerlo la alternativa resultaba penosa: Dencombe tendría que rendirse al silencio, ni redimido ni adorado. El resto de ese día y durante todo el siguiente jugó en secreto con esta dulce futilidad. ¿Quién más iba a obrar por él el milagro sino ese joven que podía combinar tanta lucidez con semejante pasión? Pensó en los cuentos de hadas científicos y se encantó a sí mismo al olvidar que buscaba una magia que no era de este mundo. El doctor Hugh era una aparición, y eso lo ubicaba por encima de la ley. El joven entraba y salía mientras que su paciente, que ya se había sentado, lo seguía con ojos suplicantes. La fascinación de haber conocido al gran autor llevó al joven a comenzar de nuevo *Los años de madurez* y le ayudaría a encontrar un significado más amplio entre sus tapas. Dencombe le había confesado lo que él "intento hacer"; a pesar de toda su inteligencia, el doctor Hugh no había conseguido adivinarlo en una primera lectura. La desconcertada celebridad se preguntaba entonces quién en el mundo lo *adivinaría*: una vez más se maravillaba del masivo peso difuso que podía caer sobre los desaciertos de una intención. Aún así, hoy no iba a lanzar ninguna amarga queja contra la inteligencia universal, por más consolador que eso le hubiera resultado siempre. La revelación de su propia torpeza parecía haber convertido en sagrada cualquier estupidez.

Al cabo de poco tiempo, el doctor Hugh se veía visiblemente preocupado, confesando un motivo de desconcierto en su casa.

–Siga con la condesa… no se preocupe por mí –insistía Dencombe, pues su acompañante había sido suficientemente sincero sobre la actitud de la inmensa dama. Estaba tan celosa que se había puesto enferma; resentía esa violación a la lealtad. Ella pagaba tanto por su fidelidad que debía poseerla toda: le negaba a él el derecho a otros afectos, lo acusaba de intrigar para

obligarla a morir sola, pues era necesario señalar lo poco que serviría como recurso la señorita Vernham en caso de problemas. Cuando el doctor Hugh mencionó que la condesa ya hubiera abandonado Bournemouth si él no la hubiera mantenido en cama, el pobre Dencombe lo tomó del brazo con fuerza y dijo con decisión:

–Llévesela de inmediato.

Habían salido a caminar juntos, dirigiéndose de regreso al nicho protegido donde, hacía unos días, se habían conocido. El joven, que le ofrecía a su acompañante un soporte físico, declaró con énfasis que su conciencia estaba tranquila: podía montar dos caballos a la vez. ¿No había soñado acaso con un futuro en el que tendría que montar quinientos? Ante semejante anhelo de virtud, Dencombe replicó que en esa edad de oro ningún paciente pretendería haberlo contratado para su exclusiva atención. Y por parte de la condesa ¿no era lícita esa avidez? El doctor Hugh lo negó, comentó que no había ningún contrato, sólo un libre acuerdo, y que semejante servidumbre sórdida resultaba imposible para un alma generosa; por otra parte, le gustaba hablar sobre arte, y este fue el tema hacia el que quiso atraer, en esta oportunidad, al autor de *Los años de madurez* cuando se acomodaron en la banca bajo el sol. Dencombe, tomando de nuevo un poco de vuelo con las débiles alas de la convalecencia y obsesionado todavía por esa idea feliz de un rescate arreglado, encontró una nueva vena de elocuencia para abogar por la causa de cierta “última manera” espléndida, el verdadero reducto de su reputación, como llegaría a demostrarse, el baluarte donde se acopiaría su verdadero tesoro. Mientras su oyente renunciaba a la mañana y el inmenso mar inmóvil aguardaba ostensiblemente, Dencombe contó con una maravillosa hora de lucidez. Incluso a él mismo le pareció que estaba inspirado cuando reveló en qué consistiría su tesoro; los metales preciosos que extraería de la mina, las joyas insólitas, los cordeles de perlas que colgaría entre las columnas de su templo. Se sentía maravillado consigo mismo, sus convicciones agolpándose de una manera tan compacta, pero aún más maravillado por el doctor Hugh, quien le aseguraba que en todo caso las mismas páginas que acababa de publicar ya estaban incrustadas con gemas. Este admirador, sin embargo, suspiraba por las combinaciones futuras y, ante el rostro de este hermoso día, le renovó a Dencombe la garantía de que su profesión se haría responsable por esa vida. Entonces, de repente, el médico le dio una

palmada a su reloj de bolsillo y pidió permiso de ausentarse por media hora. Dencombe esperó ahí su regreso, pero al final lo hizo volver a la realidad el descenso de una sombra sobre el piso. La sombra se materializó en la de la señorita Vernham, la joven dama al servicio de la condesa; Dencombe, al reconocerla, percibió de una manera tan clara que ella había ido hasta allá para hablar con él que se levantó de la banca para responder a esa cortesía. La señorita Vernham, en realidad, demostró no ser particularmente cortés; se veía extrañamente agitada, y su tipo resultaba ahora inconfundible.

–Perdón si le pregunto –dijo– si sería demasiado esperar que usted acepte dejar en paz al doctor Hugh. –Luego, antes de que el pobre Dencombe, totalmente desconcertado, pudiera protestar–: Debería estar conciente de que le está tapando la luz, y podría causarle un mal terrible.

–¿Haciendo que la condesa prescinda de sus servicios?

–Obligándola a desheredarlo –Dencombe al escuchar la respuesta se quedó con la mirada fija y la señorita Vernham, con la satisfacción de ver que podía impresionarlo, continuó–: Está en sus manos heredar algo muy atractivo. Ha ideado un prospecto maravilloso, pero creo que ahora usted consiguió echarlo todo a perder.

–No de manera intencional, se lo aseguro. ¿No hay esperanza de enmendar el accidente? –preguntó Dencombe.

–Ella estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por él. Tiene grandes caprichos, se deja ir… así es ella. No tiene parientes, es libre de disponer de su dinero, y está muy enferma –dijo la señorita Vernham como clímax.

–Siento mucho escuchar eso –tartamudeó Dencombe.

–¿No podría usted abandonar Bournemouth? Eso es lo que he venido averiguar.

Él se dejó caer en la banca.

–Yo mismo estoy bastante enfermo. ¡Pero lo intentaré!

La señorita Vernham permaneció inmóvil con sus ojos incoloros y la inmisericordia de su buena conciencia.

–Antes de que sea demasiado tarde, ¡por favor! –dijo, y con esto se dio la vuelta para desaparecer de su vista rápidamente, como si se hubiera tratado

de un asunto para el que ella sólo podía disponer de un instante precioso.

Por supuesto, después de este episodio Dencombe quedó ciertamente muy enfermo. La señorita Vernham lo había perturbado con sus brutales y terribles noticias; el golpe más intenso había sido descubrir todo lo que estaba en juego para un joven de gran talento y sin un centavo. Temblaba sentado en la banca, mirando fijamente hacia la inmensidad del agua, sintiéndose aturdido por la contundencia del golpe. Se encontraba en efecto demasiado débil, demasiado inestable, demasiado alarmado; pero haría un esfuerzo por marcharse, pues no podría aceptar la culpabilidad por interferir y además su honor estaba verdaderamente comprometido. En todo caso, regresaría tambaleante hasta la casa, y una vez allí pensaría en lo que tenía que hacer. Caminó de regreso hasta el hotel. Y, mientras avanzaba, tuvo una visión clara del principal motivo de la señorita Vernham. La condesa odiaba por supuesto a las mujeres, eso estaba claro para Dencombe; así que la ávida pianista no tenía ninguna esperanza y sólo podía consolarse con la temeraria idea de ayudarle al doctor Hugh, para así casarse con él después de que él consiguiera el dinero o bien para inducirlo a reconocerle a ella su derecho de compensación y pagarle por ello. Si ella le ofrecía su amistad en medio de una crisis provechosa él, como hombre de tacto –y ella sabía muy bien qué pensar sobre ese punto–, de verdad tendría que contar con ella.

En el hotel, el criado de Dencombe insistió en que debía volver a la cama. El inválido había hablado sobre tomar un tren y había dado órdenes de empacar, después de lo cual sus arruinados nervios habían dado paso a una sensación de malestar. Consintió ver a su médico, a quien llamaron de inmediato, pero quiso que todos entendieran que su puerta quedaba irrevocablemente cerrada para el doctor Hugh. Tenía un plan, tan admirable que se regocijó en el mismo cuando se metió de nuevo en la cama. El doctor Hugh, al verse tan repentinamente desairado sin ninguna piedad, renovaría, con natural disgusto y para dicha de la señorita Vernham, su lealtad hacia la condesa. Cuando llegó su médico, Dencombe se enteró de que tenía fiebre y que eso estaba muy mal: necesitaba recuperar la calma y, de ser posible, dejar de pensar. Durante el resto del día procuró atraer el estupor; pero existía un dolor que lo mantenía agitado, el probable sacrificio de su “prórroga”, el límite de su camino. Su médico consejero se mostraba todo menos complacido; sus recaídas sucesivas resultaban un mal presagio. Le ordenó a nuestro personaje ejercer mano dura y sacar al doctor Hugh de

su mente, lo que contribuiría en mucho a recuperar la calma de espíritu. El perturbador nombre no volvió a pronunciarse en esa habitación, pero su seguridad era sólo un temor contenido, y se desvaneció con la recepción, a las diez en punto de esa noche, de un telegrama que el criado abrió y leyó y al que, con dirección en Londres, venía adjunta la firma de la señorita Vernham: "Suplicamos a usted usar toda su influencia para que su amigo se reúna con nosotras aquí en la mañana. La condesa mucho peor por espantoso viaje, pero todo aún puede salvarse". Las dos damas habían reunido todas sus cosas y por la tarde habían sido capaces de llevar a cabo una rencorosa revuelta. Se habían dirigido hacia la capital, y si la mayor, como había anunciado la señorita Vernham, se encontraba muy enferma, también había querido dejar muy en claro que se sentía resuelta en igual medida. El pobre Dencombe, que no se sentía resuelto y sólo deseaba que todo pudiera en efecto "salvarse", envió de inmediato su misiva a la habitación del joven caballero y en la mañana recibió la placentera noticia de que éste había abandonado Bournemouth en el primer tren.

Dos días más tarde apareció en el cuarto con la copia de una publicación literaria en la mano. Había regresado porque se sentía ansioso y por el placer de mostrar con orgullo la maravillosa reseña de *Los años de madurez*. Aquí por fin aparecía algo pertinente, que se elevaba a la altura del caso; era una aclamación, una reparación, un intento crítico por situar al autor en el nicho que se había ganado limpiamente. Dencombe aceptó y se conformó, no objetó ni preguntó nada, pues las complicaciones pasadas regresaron y había tenido un par de días desastrosos. No sólo estaba convencido de que nunca más iba a abandonar la cama, y así podría justificar el que su joven amigo se quedara, sino también de que la solicitud que debía exigir de la paciencia de quienes lo atendían fuera la más moderada posible. El doctor Hugh venía de la ciudad y él trató de encontrar en sus ojos algún indicio de que la condesa se había apaciguado y que su herencia estaba asegurada; pero todo lo que vio en él fue el resplandor de su placer juvenil ante dos o tres frases trazadas en el periódico. Dencombe no podía leerlas, pero cuando su visitante insistió en repetirlas, más de una vez fue capaz de sacudir su aún no intoxicada cabeza:

–No, ¡esas frases serían ciertas para lo que yo hubiera *podido* hacer!

–Lo que la gente "hubiera podido hacer" es por lo general lo que en efecto ha hecho –objetó el doctor Hugh.

–Por lo general, sí, ¡pero yo he sido un idiota! –afirmó Dencombe.

El doctor Hugh se quedó; el final se acercaba rápidamente. Dos días más tarde su paciente le hizo observar, con el chiste más flojo posible, que ya no quedaba ninguna duda sobre una segunda oportunidad. Ante estas palabras el joven lo miró fijamente y después exclamó:

–Pero si ya sucedió, ¡sucedió! ¡La segunda oportunidad fue la del público, la oportunidad de encontrar el punto de vista, de recoger la perla!

–¡Oh la perla! –suspiró con dificultad el pobre Dencombe. Una sonrisa tan fría como un atardecer de invierno rozó levemente sus labios mientras añadía–: ¡La perla es lo que no se ha escrito, la perla es lo puro, el *resto*, lo perdido!

Desde ese momento estuvo cada vez menos presente, sin prestar atención a nada de lo que sucedía a su alrededor. Su enfermedad era definitivamente mortal, y su avance tan implacable, después del breve lapso que le permitió encontrarse con el doctor Hugh, como el de un escape de agua en un buque inmenso. Hundiéndose sin interrupción, así su visitante, un hombre de raros recursos ahora aprobados cordialmente por su médico, mostrara un arte infinito en mantenerlo alejado del dolor, el pobre Dencombe no reparaba en ningún cuidado ni descuido, no delataba ningún síntoma de pesar ni de reflexión.

Sin embargo, hacia el final dio señas de haber percibido que el doctor Hugh no había estado en su cuarto por dos días, una señal que consistió en abrir de repente los ojos para lanzarle una pregunta. ¿Había pasado esos dos días con la condesa?

–La condesa ha muerto –dijo el doctor Hugh–. Sabía que en una contingencia particular ella no resistiría. Fui a visitar su tumba.

Los ojos de Dencombe se abrieron aún más.

–¿Le dejó “algo atractivo”?

El joven médico lanzó una sonrisa casi demasiado leve para un cuarto donde había aflicción.

–Ni un centavo. Me maldijo de manera rotunda.

–¿Lo maldijo? –gimió Dencombe.

–Por abandonarla. La abandoné por *usted*. Tenía que escoger – explicó su acompañante.

–¿Escogió dejar ir una fortuna?

–Escogí aceptar las consecuencias de mi obsesión, fueran las que fueran –sonrió el doctor Hugh. Entonces, como quien suelta una broma aún mayor, añadió: ¡Al diablo esa fortuna! Es culpa suya si no puedo sacarme de la cabeza sus obras.

La ofrenda inmediata a su sentido del humor fue un prolongado y desconcertante gemido; después, durante muchas horas, durante muchos días, Dencombe permaneció inmóvil y ausente. Una respuesta tan absoluta, semejante atisbo de un resultado definitivo y tal sentido del reconocimiento, obraron juntos en su mente y lentamente alteraron y transfiguraron su desesperación. La sensación de una sumersión fría lo abandonó y le pareció que flotaba sin ningún esfuerzo. Como evidencia, el incidente resultaba extraordinario y arrojaba una luz más intensa. Finalmente le hizo una señal al doctor Hugh para que lo escuchara y, cuando este se puso de rodillas a la altura de la almohada, lo atrajo cerca.

–Usted me ha hecho pensar que todo es un engaño.

–Su gloria no lo es, mi querido amigo –balbuceó el joven.

–Mi gloria no… ¡lo que quede de ella! La gloria es… haber sido puestos a prueba, haber logrado nuestra pequeña excelencia y arrojar nuestro pequeño hechizo. El hecho es haber logrado que a alguien le importara. Da la casualidad que usted, por supuesto, está demente, pero eso no afecta la norma.

–¡Usted es un gran éxito! –exclamó el doctor Hugh, poniendo en su joven voz el tañido de una campana nupcial.

Dencombe lo comprendió sin moverse; entonces reunió fuerzas para hablar una vez más.

–Una segunda oportunidad… *ese* es el engaño. Nunca habrá más que una. Trabajamos en la oscuridad, hacemos lo que podemos, damos lo que tenemos. La duda es nuestra pasión y nuestra pasión es nuestra tarea. Lo demás es la locura del arte.

–Si usted ha dudado, si usted se ha desesperado, usted siempre lo ha “conseguido” – replicó sutilmente su visitante.

–Hemos conseguido hacer una que otra cosa– concedió Dencombe.

–Una que otra cosa lo es todo. Es lo factible. ¡Es *usted*!

–¡Consolador! –suspiró irónicamente el pobre Dencombe.

–Pero es verdad– insistió su amigo.

–Es verdad. Es la frustración la que no cuenta.

–La frustración es sólo vida –dijo el doctor Hugh.

–Sí, es lo que pasa.

El pobre Dencombe fue apenas audible, pero había trazado con estas palabras el final manifiesto de su primera y única oportunidad.

* * *

[1] Lo vence todo.

El pagano

Jack London 1876–1916

Nacido en San Francisco, California, E.U., fue hijo ilegítimo de un astrólogo ambulante y no tuvo una infancia feliz. Abandonó la casa a los 15 años y a los 17 se hizo marinero. Fue buscador de oro en Alaska, soldado, cazador de focas, pescador de perlas, corresponsal de guerra y estudiante pasajero en la universidad. Narrador preciso, brillante y poético, el éxito de sus relatos y novelas fue casi inmediato al momento de su publicación, y títulos como *El llamado del bosque* lo convirtieron en uno de los escritores más leídos y famosos del mundo. Gastó su fortuna con la misma celeridad con la que la consiguió y según alguna leyenda se suicidó en su 'Beauty Ranch' a los 40 años. "Viví la aventura sobre la que había leído tanto…", dijo de sí mismo.

Lo conocí por primera vez en el centro de un huracán; y aunque habíamos enfrentado el huracán en el mismo barco de vela, no fue sino hasta cuando la embarcación quedó hecha pedazos a nuestros pies que fijé los ojos en él. Sin ninguna duda lo había visto a bordo con el resto de la tripulación de los Kanaka, pero no había sido consciente de su existencia, pues la *Petite Jeanne* se encontraba bastante atestada de gente. Además de sus ocho o diez marineros Kanaka, de su capitán blanco, de su primer oficial y del sobrecargo, y de sus seis pasajeros en camarote, la embarcación había zarpado de Rangiroa con algo así como ochenta y cinco pasajeros en cubierta: paumotanos y tahitianos, hombres, mujeres y niños, cada uno con una caja con artículos comerciales, para no mencionar las esteras para dormir, las mantas y los bultos de ropa.

La temporada de las perlas había concluido en Paumotu y toda la mano de obra retornaba a Tahití. Los seis pasajeros de camarote éramos comerciantes de perlas. Dos eran norteamericanos, uno era Ah Choon (el chino más blanco que hubiera conocido nunca), otro alemán, otro un judío polaco, y yo completaba la media docena.

Había sido una temporada fértil. Ninguno de los seis tenía motivo de queja, como tampoco lo tenían los ochenta y cinco pasajeros de cubierta. A

todos nos había ido bastante bien, y todos pensábamos con ilusión en un descanso y en pasar un buen rato en Papeete.

Por supuesto que la *Petite Jeanne* llevaba sobrepeso. Tenía capacidad para setenta toneladas únicamente, y no tenía autorización para recibir ningún diezmo de la muchedumbre que llevaba a bordo. Bajo las escotillas, estaba atestada y repleta de conchas de nácar y copra. Incluso el cuarto de mercancías estaba lleno de conchas. Era un milagro que los marineros pudieran maniobrar la embarcación. Estos simplemente trepaban y bajaban por las barandillas.

Durante la noche los marineros caminaban por encima de los durmientes, que tapizaban la cubierta, lo juraría, un encima de otro. Ah, y también había cerdos y gallinas sobre la cubierta, y costales de ñame, y si quedaba algún espacio estaba adornado con ristras de cocos de agua y racimos de bananos. Sobre los dos costados, entre la proa y el cabo mayor, se habían extendido algunos lazos, lo suficientemente bajos para que la proa oscilara sin problema, y de cada uno de estos lazos colgaban por lo menos unos cincuenta racimos de bananos.

Prometía ser una travesía complicada, incluso si la hacíamos en los dos o tres días que se hubieran necesitado si los alisios del sureste hubieran soplado con fuerza. Pero no estaban soplando con fuerza. Después de las primeras cinco horas el viento se había desvanecido en un poco más de una docena de abanicadas. La calma continuó durante toda la noche y al día siguiente; se trataba de una de esas calmas enceguecedoras y vítreas, cuando la simple idea de abrir los ojos para observarla es ya suficiente para provocar una jaqueca.

Al segundo día un hombre murió, de la Isla de Pascua, uno de los mejores buzos de esa temporada en la laguna. Viruela, esa fue la causa; aunque saber cómo pudo haber llegado a bordo la viruela, cuando en el momento de salir de Rangiroa no había habido ningún caso reportado, está más allá de mis capacidades. Ahí estaba, sin embargo: viruela, un hombre muerto y otros tres tumbados de espaldas.

No había nada qué hacer. No podíamos separar a los enfermos, tampoco podíamos atenderlos. Estábamos como sardinas. No había más remedio que pudrirse y morir; es decir, no había nada que hacer después de la noche que siguió a la primera muerte. Esa noche el primer oficial, el sobrecargo, el

judío polaco, y cuatro buzos nativos se escabulleron en el bote ballenero. Nunca volvimos a saber de ellos. Por la mañana el capitán echó rápidamente a pique los botes sobrantes y ahí quedamos.

Ese día hubo dos muertes más; al siguiente día, tres; después fueron ocho. Resultaba curioso cómo lo asimilábamos; los nativos, por ejemplo, cayeron en un estado de miedo soso e impasible. El capitán –su nombre era Oudosse, un francés– se volvió extremadamente nervioso y voluble. En efecto empezó a sufrir de espasmos nerviosos. Era un hombre alto, corpulento, que pesaba por lo menos unas doscientas libras, y se transformó de inmediato en la fiel representación de una gelatinosa y temblorosa montaña de grasa.

El alemán, los dos norteamericanos y yo acaparamos todo el whisky y procedimos a mantenernos borrachos. La teoría era hermosa: si nos manteníamos sumergidos en alcohol, todo germen de viruela que entrara en contacto con nosotros quedaría de inmediato carbonizado. Y la teoría funcionó, aunque debo confesar que ni al capitán Oudouse ni tampoco a Ah Choon los atacó la enfermedad. El francés no bebió nada, mientras que Ah Choon se limitó a beber un trago al día.

El clima era una maravilla. El sol, al avanzar en dirección norte, nos caía verticalmente sobre la cabeza. No había viento, excepto algunas ráfagas frecuentes que soplaban con furia por cinco minutos o hasta por media hora, para desaparecer luego dejándonos inundados de lluvia. Después de cada ráfaga, el terrible sol volvía a salir, formando nubes de vapor que subían desde la cubierta empapada.

No era un vapor agradable. Era el vapor de la muerte, cargado con millones y millones de gérmenes. Siempre bebíamos otro trago cuando lo veíamos elevarse desde los muertos y los moribundos, y usualmente tomábamos dos o tres tragos más, alternándolos con una solemnidad excepcional. También volvimos regla beber varios tragos adicionales cada vez que tiraban algún muerto por la borda, donde los esperaban los tiburones que pululaban a nuestro alrededor.

Estuvimos una semana así y entonces se terminó el whisky. Fue una suerte, pues de otra forma no estaría vivo ahora. Se requería de un hombre sobrio para sobreponerse a lo que siguió, como comprenderán cuando mencione el pequeño hecho de que sólo dos hombres conseguimos

salvarnos. El otro hombre fue el pagano; al menos así fue como escuché que lo llamaba el capitán Oudouse en el instante en que fui consciente por primera vez de su existencia. Pero volvamos atrás.

Fue al final de la semana, ya sin whisky y con los comerciantes de perlas sobrios, que por casualidad le eché un vistazo al barómetro que colgaba en la escalerilla. Su registro normal en Paumotu era de 29.90, y solía ser costumbre verlo oscilar entre 29.85 y 30.00, o incluso hasta 30.05; pero verlo como lo vi, descendiendo hasta 29.62, resultaba más que suficiente para dejar sobrio al más borracho de los comerciantes de perlas que haya incinerado los gérmenes de la viruela en whisky.

Llamé la atención del capitán Oudouse al respecto, y supe por él que había estado descendiendo durante varias horas. Había poco por hacer, pero hizo muy bien ese poco, considerando las circunstancias. Recogió las velas menores, redujo todo a velamen para tormentas, desplegó los salvavidas, y esperó la llegada del viento. Su error estuvo en lo que hizo después de que llegara el viento. Viró rumbo a babor, que era lo que había que hacer al sur del Ecuador si –y ahí estaba el problema– uno no se encontraba en la trayectoria precisa del huracán.

Nosotros estábamos en la trayectoria precisa del huracán. Yo podía verificarlo por el aumento uniforme del viento y por el descenso también igualmente uniforme del barómetro. Yo pretendía que el capitán diera la vuelta y avanzara con el viento en dirección a babor hasta que el barómetro dejara de bajar, y entonces ahí sí virar. Discutimos hasta que cayó en la histeria, pero no dio su brazo a torcer. Lo peor de todo es que yo no podía hacer que el resto de los comerciantes me apoyaran. ¿Quién era yo, en todo caso, para saber más sobre el mar y sus secretos que un capitán debidamente cualificado? Eso, sabía, era lo que pasaba por sus cabezas.

Evidentemente, con el viento el mar se elevó de una forma tremenda, y nunca podré olvidar los tres primeros embates de agua que encajó la *Petite Jeanne.* Se había desplomado, como suele suceder a las embarcaciones al virar, y el primer embate abrió una brecha. Los salvavidas eran para los fuertes y sanos, y de poco sirvieron cuando las mujeres y los niños, los bananos y los cocos, los cerdos y las cajas de mercancías, los enfermos y los moribundos, fueron barridos en una sólida, chirriante, y quejumbrosa masa.

El segundo embate de agua llenó las cubiertas de la *Petite Jeanne* hasta las barandillas; y como la popa se había hundido y la proa apuntaba hacia el cielo, todo el miserable cargamento de vidas y equipaje se precipitaba por el extremo de atrás. Era un torrente humano. Caían de cabeza, de pies, de lado, rodando sin parar, torcidos, revueltos, retorciéndose y desplomándose. De vez en cuando alguno lograba agarrarse a un puntal o a un lazo; pero el peso de los cuerpos que venían detrás hacía que perdiera el asidero.

Vi a un hombre salir arrojado, directamente, contra uno de los puntales de estribor. La cabeza se le rompió como un huevo. Al ver lo que se venía, salté sobre la cabina y de ahí a la vela mayor. Ah Choon y uno de los norteamericanos intentaron seguirme, pero yo me encontraba un salto por delante de ellos. El norteamericano fue barrido hacia la popa como un trozo de basura. Ah Choon agarró uno de los radios de la rueda del timón y quedó colgado al otro lado. Pero una robusta *wahine*–que debía pesar doscientas cincuenta libras– lo alcanzó y le pasó un brazo por el cuello. Él agarró al timonel kanaka con la otra mano; y justo en ese momento la embarcación se precipitó de un golpe hacia estribor.

El torrente de cuerpos y agua que bajaba por el pasillo de babor entre la cabina y la borda cambió abruptamente de dirección y se desparramó hacia estribor. Todos fueron arrastrados: la *wahine,* Ah Choon y el timonel; y juro que vi a Ah Choon dirigirme una sonrisita de filosófica resignación cuando pasó por encima de la borda y cayó al mar.

El tercer embate de agua –el mayor de los tres– no ocasionó tanto daño. Para cuando llegó casi todo el mundo estaba en los aparejos. En la cubierta habría quizás una docena de desgraciados jadeando, medio ahogados y medio aturdidos, dando botes o tratando de arrastrarse para ponerse a salvo. Se dirigieron hasta la borda, como los restos de los dos botes salvavidas sobrantes. Los otros comerciantes de perlas y yo habíamos logrado, entre los embates de agua, reunir a unos quince pasajeros, entre mujeres y niños, en la cabina y la habíamos asegurado. Al final, de poco les sirvió a estas pobres criaturas.

¿Viento? A pesar de toda mi experiencia nunca hubiera creído posible que el viento pudiera soplar como lo hizo. No hay forma de describirlo. ¿Cómo podría alguien describir una pesadilla? Sucedió lo mismo con ese viento. Nos arrancó literalmente la ropa del cuerpo. Digo que nos la

arrancó, y lo digo de verdad. No les estoy pidiendo que me crean. Escasamente cuento algo que vi y experimenté. Hay momentos en los que yo mismo no lo creo. Lo sufrí personalmente, y eso es suficiente. Era imposible enfrentar ese viento y seguir vivo. Fue una cosa monstruosa, y lo más monstruoso de todo era que aumentaba y seguía aumentando.

Imaginen incontables miles de millones de toneladas de arena. Imaginen esa arena precipitándose a noventa, a cien, a ciento veinte, o cualquier otra cifra de millas por hora. Imaginen además, que esa arena sea invisible, impalpable, pero que retenga todo el peso y la densidad de la arena. Imaginen todo eso y quizás logren tener un vago atisbo de lo que era ese viento.

Tal vez la arena no sea la comparación correcta. Piensen en barro; invisible, impalpable, pero pesado como barro. No, es mucho más que eso. Consideren cada una de las moléculas de aire como un montículo de arena. Entonces traten de imaginar el multitudinario ataque de esos montículos. No; está más allá de mis capacidades. El lenguaje tal vez sea adecuado para expresar las circunstancias ordinarias de la vida, pero posiblemente no pueda expresar ninguna de las circunstancias de tan enorme ráfaga de viento. Hubiera sido mejor atenerme a mi intención original de no pretender hacer ninguna descripción.

Diré sólo esto: el mar, que se había levantado al principio, había sido abatido por ese viento. Aún más, parecía como si todo el océano hubiera sido aspirado en las entrañas del huracán y lanzado hacia esa porción de espacio que previamente ocupara el aire.

El velamen, obviamente, había desaparecido hacía rato. Pero el capitán Oudouse tenía en la *Petite Jeanne* algo que yo nunca había visto en una goleta del Pacífico Sur: un ancla. Se trataba de un saco cónico de lienzo, con la boca mantenida abierta por un aro de hierro. El ancla estaba enlazada como una especie de cometa, de tal forma que penetraba en el agua de la misma forma que una cometa atraviesa el aire, pero con una diferencia. El ancla permanecía justo por debajo de la superficie del océano en posición perpendicular. A su turno, un lazo largo la conectaba con la embarcación. Como resultado, la *Petite Jeanne* avanzaba con la proa hacia el viento hubiera el mar que hubiera.

Esta situación hubiera resultado verdaderamente favorable si no nos encontráramos en la trayectoria de la tormenta. Sin duda, el viento habría arrancado las velas de sus juntas, destrozado de un golpe los mástiles, convertido el mecanismo de control en una lotería, pero aún así hubiéramos salido bien librados de no haber estado orientados exactamente hacia el centro de la tormenta en avance. Eso fue lo que nos arruinó. Yo me encontraba en un estado de pasmado, entumecido y paralizante desfallecimiento a fuerza de soportar la embestida del viento y creo que ya estaba a punto de rendirme y morir cuando el centro nos golpeó con violencia. El impacto que recibimos fue una calma absoluta. No había un aliento de aire. El efecto que provocaba era repugnante.

Recuerden que llevábamos horas sometidos a una aterradora tensión muscular, resistiendo la pavorosa presión de ese viento. Y entonces, de repente, toda la presión desaparece. Recuerdo que me sentí como si estuviera a punto de expandirme, de salir volando en todas las direcciones. Parecía como si cada átomo que componía mi cuerpo repeliera a todos los otros átomos y estuviera al borde de precipitarme irresistiblemente al espacio. Pero eso sólo duró un instante. La destrucción ya estaba sobre nosotros.

Por la ausencia de viento y presión el mar se elevó. Saltó, dio un brinco, se remontó directamente hacia las nubes. Recuerden, desde todos los puntos de la brújula ese viento inconcebible soplaba hacia el centro de la calma. El resultado era que las olas del mar se levantaban desde todos los puntos de la brújula. No había viento que las detuviera. Estallaban como corchos liberados desde el fondo de un balde de agua. No seguían ningún método, no tenían ninguna estabilidad. Eran oleadas huecas, demenciales. Tenían por lo menos unos ochenta pies de altura. No eran en absoluto olas. No se parecían a ningún mar que un hombre hubiera visto nunca.

Eran salpicadas, salpicadas monstruosas, eso era todo. Salpicadas de ochenta pies de altura. ¡Ochenta! Eran más de ochenta. Sobrepasaban los mástiles. Eran chorros, explosiones. Estaban ebrias. Caían en cualquier parte, de cualquier forma. Se empujaban unas a otras; colisionaban entre sí. Estallaban al mismo tiempo y colapsaban una encima de la otra, o se desintegraban completamente como miles de cascadas cayendo al mismo tiempo. Se trataba de un océano con el que ningún hombre había soñado nunca, ese ojo del huracán. Era un endemoniado foso de agua enloquecido.

¿Y la *Petite Jeanne*? No lo sé. El pagano me dijo después que él tampoco sabía. Quedó literalmente hecha pedazos, desgarrada por completo, reducida a pulpa, aplastada en una masa de madera blanda, aniquilada. Cuando recuperé el conocimiento me encontraba en el agua, nadando de manera automática, aunque dos tercios de mi cuerpo estaban hundidos. No recuerdo cómo llegué hasta ahí. Recuerdo haber visto a la *Petite Jeanne* volar en pedazos en el que debió haber sido el instante mismo en que perdí la conciencia de un golpe. Pero ahí estaba yo, sin otra cosa que hacer que esforzarme lo mejor posible, aunque en ese mejor había muy poca esperanza. El viento soplaba de nuevo, el mar había bajado y era más regular, y yo sabía que había atravesado el centro del huracán. Por fortuna, no había tiburones cerca. El huracán había disipado la horda hambrienta que asechaba a la embarcación muerta y que se había alimentado con sus muertos.

Fue alrededor del mediodía cuando la *Petite Jeanne* voló en pedazos, y debió haber sido un par de horas más tarde cuando me encontré con la tapa de alguna de sus escotillas. En ese momento caía una lluvia espesa y a la menor oportunidad nos arrastraría a la tapa y a mí juntos. Un pequeño trozo de cuerda colgaba de la manija y yo sabía que estaría bien por un día, al menos si no regresaban los tiburones. Tres horas más tarde, posiblemente un poco más, pegado a la tapa, con los ojos cerrados concentrando el alma entera en la tarea de inhalar el aire suficiente para mantenerme a flote y al mismo tiempo evitando tragar demasiada agua para no ahogarme, me pareció escuchar voces. La lluvia había parado, y el viento y el mar se amainaban maravillosamente. A no más de unos veinte pies de distancia, sobre otra tapa de escotilla, estaban el capitán Oudouse y el pagano. Luchaban por la posesión de la tapa, al menos así lo hacía el francés.

–¡Pagano negro! –lo escuché gritar, y al mismo tiempo lo vi patear al kanaka.

Para ese momento, el capitán Oudouse había perdido toda la ropa a excepción de los zapatos, que eran un par de botines pesados. Fue un golpe inmisericorde, pues alcanzó al pagano a la altura de la boca y parte de la mejilla, dejándolo medio aturdido. Esperé que respondiera al golpe, pero se contentó con nadar con aspecto triste para ponerse a unos diez pies de distancia. Cada vez que un embate del mar lo lanzaba cerca, el francés,

colgado de las manos, le mandaba patadas con los dos pies. Además, cada vez que soltaba una patada, llamaba pagano negro al kanaka.

–¡Por dos céntimos iría hasta allá para ahogarlo, bestia blanca! –le grité.

La única razón por la que no lo hacía era porque me encontraba exhausto. La simple idea de nadar hasta allá me provocaba náuseas. Así que llamé al kanaka para que se uniera a mí y procedí a compartir la tapa con él. Me dijo que se llamaba Otoo (pronunciado õ– tõ–õ); me contó además que era nativo de Barabora, la isla más occidental entre las del grupo de la Sociedad. Como me enteré más tarde, él había dado con la tapa primero y cuando al cabo de un rato se encontró con el capitán Oudouse, le había ofrecido compartirla con él para ser arrojado a patadas después de todos sus esfuerzos.

Y así fue como Otoo y yo nos encontramos por primera vez. No le gustaba pelear. Era todo dulzura y amabilidad, una criatura amorosa, a pesar de medir casi seis pies de altura y ser tan musculoso como un gladiador. No peleaba, pero tampoco era un cobarde. Tenía el corazón de un león; y en los años que siguieron lo he visto correr riesgos que yo nunca hubiera soñado tomar. Lo que quiero decir es que así como no era un peleador, y así como siempre evitó comenzar la pelea, nunca se escabullía cuando empezaban los problemas. Y una vez que Otoo entraba en acción, la cosa era de “¡Sálvese quien pueda”! Nunca podré olvidar lo que le hizo a Bill King. Sucedió en la Samoa alemana. Bill King había sido aclamado el campeón de los pesos pesados de la Marina norteamericana. Era una bestia de hombre, un verdadero gorila, uno de esos tipos de pegada fuerte y duro de cabeza, aunque también hábil con los puños. Él empezó la pelea. Pateó a Otoo un par de veces y lo golpeó una vez antes de que Otoo sintiera la necesidad de pelear. No creo que hayan pasado más de cuatro minutos, al final de los cuales Bill King era el infeliz poseedor de cuatro costillas rotas, un antebrazo partido y un omóplato dislocado. Otoo ignoraba todo respecto al boxeo científico. Era escasamente un torcedor de brazos, y Bill King pasó algo así como tres meses recuperándose de la pequeña torcida de brazos que recibió esa tarde en la playa de Apia.

Pero me estoy adelantando a la historia. Compartimos la tapa de la escotilla. Nos turnábamos una y otra vez; primero uno tumbado sobre la tapa para descansar, mientras el otro se sumergía hasta el cuello, apenas

agarrado de las manos. A lo largo de dos días y dos noches, entre tandas sobre la tapa o en el agua, avanzamos a la deriva sobre el océano. Hacia el final yo deliraba casi todo el tiempo; y hubo momentos, también, en los que escuché a Otoo murmurar y soltar insultos en su lengua nativa. Nuestra inmersión continua impidió que muriéramos de sed, a pesar de que el agua del mar y el sol nos daban la más graciosa combinación imaginable de salmuera e insolación.

Al final, Otoo me salvó la vida; pues terminé echado en la playa a unos veinte pies del mar, protegido del sol por un par de hojas de coco. Nadie sino Otoo pudo haberme arrastrado hasta allá y haber enterrado las hojas para hacer sombra. Se echó a mi lado. Perdí el conocimiento una vez más, y cuando volví a recuperarlo la noche era fresca y estrellada y Otoo me ponía un coco en los labios para beber.

Éramos los únicos sobrevivientes de la *Petite Jeanne*. El capitán Oudouse debió haber sucumbido al cansancio, pues varios días después la tapa que había agarrado llegó a la costa sin él. Otoo y yo permanecimos con los nativos del atolón durante una semana, hasta que fuimos rescatados por un crucero francés y llevados a Tahití. Entre tanto, sin embargo, habíamos llevado a cabo la ceremonia de intercambiar los nombres. En los Mares del Sur esta ceremonia ata a dos hombres aún con más fuerza que la hermandad de sangre. La iniciativa había sido mía; y Otoo se mostró completamente encantado cuando la sugerí.

–Está muy bien –comentó en tahitiano–, pues hemos estado juntos como compañeros durante dos días en los labios de la muerte.

–Pero la muerte tartamudeó –dije con una sonrisa.

–Fue una valiente acción la que usted hizo, señor –replicó él– y la muerte no fue lo suficientemente vil para hablar.

–¿Por qué me llamas ‘señor’? –pregunté, mostrando que me había herido los sentimientos–. Hemos intercambiado nombres. Para ti yo soy Otoo. Para mí tú eres Charley. Y entre tú y yo, para siempre y por siempre, tú serás Charley, y yo seré Otoo. Así es la costumbre. Y cuando hayamos muerto, si sucede que vivamos de nuevo en algún lugar más allá de las estrellas y el firmamento, seguirás siendo Charley para mí, y yo Otoo para ti.

–Sí, señor –contestó él, los ojos resplandecientes y suavizados por la dicha.

–¡Ahí estás otra vez! –grité indignado.

–¿Qué importa lo que digan mis labios? –refutó–. Son sólo mis labios. Pero siempre pensaré en Otoo. Cada vez que piense en mí, pensaré en usted. Cada vez que los hombres me llamen por mi nombre, pensaré en usted. Y más allá del firmamento y más allá de las estrellas, siempre y para siempre, usted será Otoo para mí. ¿Está bien, señor?

Reprimí una sonrisa y contesté que estaba bien.

Partimos hacia Papeete. Yo permanecía en la costa para recuperarme y él salió en un cúter hacia su isla, Barabora. Seis semanas más tarde estuvo de regreso. Yo estaba sorprendido, pues él me había contado acerca de su esposa, y había dicho que regresaría al lado de ella y dejaría de navegar y viajar lejos.

–¿Hacia dónde va, señor? –preguntó después de nuestros primeros saludos.

Me encogí de hombros. Era una pregunta difícil.

–Por todo el mundo– fue mi respuesta–. Por todo el mundo, por todo el mar, por todas las islas que hay en el mar.

–Iré con usted –contestó–. Mi esposa está muerta.

Nunca tuve un hermano; pero por lo que he visto respecto a los hermanos de otros hombres, dudo que otro hombre haya tenido un hermano que fuera para él lo que Otoo fue para mí. Fue hermano y padre y también madre. Y esto es todo lo que sé: fui un hombre más recto y un mejor hombre gracias a Otoo. Me importaban poco los otros hombres, pero tenía que vivir con rectitud ante la mirada de Otoo. Porque por él yo no me atreví a perder el brillo. Él me convirtió en su ideal, construyéndome, temo, principalmente de su propio afecto y devoción; y hubo momentos en que estuve a un paso de la boca del infierno y hubiera dado el salto de no ser porque el pensamiento de Otoo me contenía. El orgullo que él sentía por mí se introdujo en mi espíritu, hasta que él se convirtió en una de las reglas más importantes de mi código personal que no me permitía hacer nada que disminuyera ese orgullo suyo.

Naturalmente yo no conocí enseguida cuáles eran sus sentimientos hacía mí. Él nunca criticaba, nunca censuraba; y poco a poco el lugar exaltado que yo mantenía ante sus ojos empezó a revelárseme, y poco a poco empecé a comprender el daño que yo podía inflingirle si era menos de lo mejor que podía ser.

Durante diecisiete años estuvimos juntos; durante diecisiete años permaneció a mi lado, atento mientras yo dormía, cuidándome la fiebre y las heridas; sí, y recibiendo heridas por mi causa. Se alistó en los mismos barcos que yo, y juntos atravesamos el Pacífico desde Hawai hasta Sydney Head, y desde el Estrecho Torres hasta las Galápagos. Nos remontamos desde las Nuevas Hébridas y las Islas Line hasta el paso en dirección oeste por entre las Luisídas, Nueva Bretaña, Nueva Irlanda y Nueva Hanover. Naufragamos en tres oportunidades: en las Gilbert, en el grupo de Santa Cruz y en Fidji. Y Otoo negociaba y guardaba cualquier dólar que viniera de las perlas y las conchas de nácar, de la copra, de la concha de tortuga marina o de algún barco encallado.

La cosa comenzó en Papecte, inmediatamente después de anunciar que iría conmigo por todo el mar y todas las islas que se encontraran en él. En esos días existía un club en Papecte, donde se reunían perleros, comerciantes, capitanes y todo tipo de aventureros del Pacífico Sur. El juego era abundante y el licor era abundante; y me temo que me quedaba hasta horas de la noche no muy apropiadas ni convenientes. No importaba la hora a la que saliera, Otoo siempre estaba ahí para asegurarse de que llegara seguro a la casa.

Al principio yo sonreía, después lo reprendí. Le dije directamente que yo no tenía ninguna necesidad de cuidados. Luego ya no lo volví a ver a la salida del club. Una semana más tarde, y casi por accidente, descubrí que aún me vigilaba al llegar a la casa, escondido al otro lado de la calle entre las sombras de los árboles de mango. ¿Qué podía hacer yo? Sé lo que hice.

Empecé de manera insensible a quedarme hasta más tarde. En las noches húmedas y tormentosas, en medio de la locura y la diversión, no dejaba de asediarme la imagen de Otoo manteniendo su tediosa vigilancia bajo los mangos chorreantes. De verdad, él hizo de mí un mejor hombre. Aunque no es que fuera un tipo remilgado. Y no sabía nada respecto a la moral cristiana. Todo el mundo en Barabora era cristiano; pero él era un pagano,

el único no creyente de la isla, un materialista neto, que creía que cuando muriera quedaría muerto. Creía, sobre todo, en el juego limpio y en los negocios justos. En su código, la más insignificante mezquindad era casi tan seria como un homicidio sin motivo; y creo que respetaba más a un asesino que a un hombre dado a prácticas bajas.

En lo que a mí concierne, él objetaba cualquier cosa que me resultara perjudicial. Jugar estaba bien. Él mismo era un fervoroso jugador. Pero trasnocharse, explicaba, era malo para la salud. Había visto morir de fiebre a hombres que no se cuidaban. No era ningún abstemio, y recibía uno que otro trago fuerte cuando había que trabajar a la intemperie en los botes. Pero creía en el licor bebido con moderación. Había visto muchos hombres asesinados o caídos en desgracia por culpa de la ginebra o el whisky.

Otoo tenía siempre presente mi bienestar. Se me anticipaba, sopesaba mis planes, y se interesaba en los mismos mucho más que yo. Al principio, cuando yo ignoraba su interés en mis asuntos, él tenía que adivinar mis intenciones, como por ejemplo en Papecte, cuando contemplé la posibilidad de hacerme socio con un compatriota estafador en un negocio de guano. Yo no sabía que el hombre era un bribón. Tampoco lo sabía ningún hombre blanco en Papecte. Otoo tampoco lo sabía, pero se dio cuenta de cuán estrecha se iba haciendo nuestra amistad, hasta que lo descubrió por mí y sin que yo se lo pidiera. Marineros nativos de los extremos de mar llegaban a las costas de Tahití y Otoo, guiado sólo por una leve sospecha, se entremezcló con ellos hasta que recogió suficientes datos para justificar su desconfianza. Oh, resultó ser una historia maravillosa esa de Randolph Waters. No pude creerle cuando Otoo la relató por primera vez; pero cuando le envié una nota escrita a su casa, Waters se rindió ante la evidencia y, sin una palabra, partió hacia Auckland en el primer barco de vapor.

En principio, debo confesar que no me gustó que Otoo metiera las narices en mis asuntos. Pero sabía que lo había hecho de manera desinteresada, y muy pronto tuve que reconocer su sabiduría y discreción. Él estaba siempre atento a cualquier oportunidad que se me presentara, y se mostraba igualmente sagaz como previsor. Con el tiempo se convirtió en mi consejero, hasta el punto de conocer mis negocios mejor que yo mismo. Realmente sabía más que yo de lo que me convenía. Lo mío era el magnífico descuido de la juventud, pues prefería el romance a los dólares, y

la aventura a un confortable alojamiento para pasar la noche. Así que fue una suerte tener a alguien que me cuidara. Sé que si no hubiera sido por Otoo yo no estaría hoy aquí.

Entre muchas circunstancias, déjenme ofrecerles una. Yo había tenido cierta experiencia en la trata de mano de obra antes de entrar al negocio de perlas en las Paumotus. Otoo y yo nos encontrábamos en la playa en Samoa –en efecto estábamos en la playa y completamente encallados– cuando me llegó la oportunidad de ir como reclutador en un barco de tratantes. Otoo se registró como marinero; y durante la siguiente media docena de años, anduvimos por los rincones más inhóspitos de la Melanesia en gran número de embarcaciones. Otoo siempre se encargó de ser el primer remero en mi bote. Lo que solíamos hacer para reclutar mano de obra era llevar la embarcación principal hasta la playa. El bote que nos cubría permanecía con sus remos listos a varios pies de la costa, mientras que el bote de reclutamiento, también con los remos listos, quedaba a flote al borde de la playa. Cuando yo bajaba a tierra con las mercancías, dejando el timón en posición vertical, Otoo abandonaba su posición de remero y se acercaba hasta la popa donde había un Winchester listo bajo unas velas dobladas. La tripulación del bote también estaba armada, con las armas ocultas bajo los dobleces de las velas que se extendían a lo largo de la borda. Mientras yo estaba ocupado discutiendo y persuadiendo a los confundidos caníbales de que se vinieran a trabajar en las plantaciones en Queesland, Otoo permanecía atento. Y una y otra vez su voz baja me advertía de actos sospechosos y de alguna traición inminente. Algunas veces, la veloz detonación de su rifle era la primera advertencia que yo recibía. Y en mi carrera hacia el bote su mano siempre estaba lista para lanzarme volando a bordo de un tirón. Una vez en Santa Ana, recuerdo, el bote quedó en tierra antes de que empezaran los problemas. El bote que nos cubría acudió en nuestra ayuda, pero el elevado número de salvajes nos hubiera arrasado antes de que llegara. Otoo se lanzó de un salto a la playa, hundió las manos en la mercancía y empezó a lanzar tabaco, abalorios, hachas, cuchillos y telas en todas las direcciones.

Esto fue demasiado para los desconcertados aborígenes. Mientras se disputaban los tesoros, empujamos el bote y nos lanzamos a borda hasta quedar a cuarenta pies de distancia. Y yo conseguí reclutar a cuarenta de esa misma playa en las siguientes cuatro horas.

El suceso particular que tengo en mente fue en Malaita, la isla más salvaje en el extremo este de las Salomón. Los nativos se habían mostrado particularmente amigables; ¿cómo íbamos a saber nosotros que todo el pueblo había hecho una colecta a lo largo de dos años con la que comprar la cabeza del hombre blanco? Todos estos tipos son cazadores de cabezas y en especial aprecian la cabeza del hombre blanco. Aquel que capturara la cabeza recibiría toda la recolección. Como he dicho, se mostraban muy amigables, y ese día yo me encontraba en la playa a cien yardas del bote. Otoo me lo había advertido, y, como sucedía siempre que no le prestaba atención, iba a enfrentarme a un verdadero desastre.

Cuando me di cuenta, una nube de lanzas voló hacia mí desde el pantano de manglares. Por lo menos una docena iban a dar en el blanco. Empecé a correr, pero tropecé con una que me golpeó en la pantorrilla y caí al piso. Los aborígenes se abalanzaron sobre mí, cada uno con un hacha de mango largo adornada con plumas, dispuestos a cortarme la cabeza. Estaban tan ansiosos por el premio que se interponían unos a otros. En la confusión evité varios hachazos moviéndome de izquierda a derecha en la arena.

Entonces apareció Otoo; Otoo el castigador de hombres. De algún modo, había echado mano de un pesado mazo de guerra, que en la lucha cuerpo a cuerpo resultaba más eficiente que un rifle. Se puso justo en el centro de todos, de tal forma que no lo podían atacar con las lanzas, al tiempo que sus hachas parecían menos que inservibles. Estaba luchando por mí y lo impulsaba una verdadera furia ciega e incontrolable. La manera como manipulaba el mazo era increíble. Sus cráneos se aplastaban como naranjas maduras. Y sólo cuando ya los había obligado a retroceder, y me arrastraba en la huída, recibió los primeros golpes. Llegó al bote con cuatro heridas de lanza, agarró el Winchester, y derribó a varios a tiros. Después saltamos a la embarcación y nos pusimos a salvo.

Estuvimos juntos por diecisiete años. Él me hizo quien soy. Yo sería hoy un sobrecargo, un reclutador, o un recuerdo, de no haber sido por él.

“Te gastas el dinero, después sales y consigues más –me dijo un día–. Es fácil conseguir dinero ahora. Pero cuando seas viejo, te gastarás el dinero y ya no podrás salir y conseguir más. Lo sé, señor. He estudiado el camino del hombre blanco. En las playas hay muchos hombres viejos que alguna vez fueron jóvenes, y que podían conseguir dinero igual que tú. Ahora están

viejos y no tienen nada, y esperan por ahí a que hombres jóvenes como tú aparezcan por la costa y les compren un trago.”

“Los negros jóvenes trabajan como esclavos en las plantaciones. Reciben veinte dólares al año. Trabajan duro. El capataz no trabaja duro. Monta en su caballo y observa trabajar al muchacho negro. Recibe mil doscientos dólares al año. Yo soy un marinero en esta embarcación. Recibo quince dólares al mes. Eso es porque soy un buen marino. Trabajo duro. El capitán tiene doble toldo y bebe cerveza en botellas largas. Yo nunca lo he visto arriar una vela ni empujar un remo. Recibe ciento cincuenta dólares al mes. Yo soy un marinero. Él es un navegante. Señor, creo que sería muy bueno para ti aprender navegación.”

Otoo me espoleó a que lo hiciera. Navegó conmigo como segundo de a bordo en mi primera goleta, y él se sentía más orgulloso de mi comandancia que yo mismo. Más adelante dijo:

–Un capitán está bien pagado, señor; pero el barco está bajo su custodia y nunca queda libre de ese peso. Es el dueño quien está mejor pagado; y es el dueño quien se sienta en la playa rodeado de sirvientes y cuenta el dinero.

–Es verdad, pero una goleta cuesta cinco mil dólares, una goleta vieja –objeté–. Seré un hombre viejo antes de haber ahorrado cinco mil dólares.

–Hay caminos cortos para el hombre blanco para hacer dinero –continuó, señalando hacia la costa con la playa bordeada de cocos.

Nos encontrábamos en las Salomón en ese momento, recogiendo un cargamento de pepas de marfil a lo largo de la costa este de Guadalcanal.

–Entre esta desembocadura de río y la siguiente hay dos millas –comentó–. El terreno plano sigue bien hasta adentro. Ahora no vale nada. Pero el año siguiente –¿quién sabe?– o el siguiente, varios pagarán mucho dinero por ese pedazo de tierra. El fondeadero es bueno. Grandes barcos de vapor podrían atracar cerca. Podríamos comprar tierra cuatro millas adentro al viejo jefe por diez mil barras de tabaco, diez botellas de ginebra y un rifle que te costará, tal vez, cien dólares. Después autenticas la escritura con el comisario, y al año siguiente, o uno después, podrás vender y convertirte en dueño de un buque.

Seguí su consejo, y sus palabras se hicieron realidad, aunque no en dos sino en tres años. Después vino el negocio de tierras de pastoreo en

Guadalcanal: veinte mil acres, bajo un contrato gubernamental de novecientos noventa y nueve años a su valor nominal. Fui dueño del contrato por noventa días, y se las vendí a una compañía por la mitad de una fortuna. Siempre era Otoo el que se anticipaba a todo y descubría la mejor oportunidad. Él fue el responsable de la recuperación del *Doncaster*, comprado en una subasta por cien libras y vendido a una ganancia neta de tres mil después de haber pagado todos los costos. Él me llevó hacia la plantación en Savaii y hacia la aventra de cocoa en Upolu.

Ya no salíamos a navegar tanto como en los viejos tiempos. Yo estaba más que acomodado. Me casé y mi nivel de vida aumentó; pero Otoo permaneció siendo el mismo Otoo de siempre, deambulando por la casa o vigilando la oficina, con su pipa de madera en la boca, una camiseta de a peso y unos pantalones de cuatro chelines. No había manera de hacerlo gastar dinero. No había otra forma de pagarle que con afecto, y Dios sabe que lo recibió sin medida por parte nuestra. Los niños lo adoraban y mi esposa hubiera podido dañarlo a fuerza de consentimiento.

¡Los niños! Fue realmente él quien les enseñó el camino por el mundo práctico. Empezó enseñándoles a andar. Se sentaba al lado de ellos cuando estaban enfermos. Uno a uno, cuando apenas si sabían gatear, los llevaba a la laguna y los transformaba en seres anfibios. Les enseñó más de lo que yo nunca aprendí sobre las costumbres de los peces y de cómo atraparlos. En el bosque era lo mismo. A los siete años, Tom conocía secretos del bosque que yo jamás hubiera soñado. A los seis, Mary había trepado a la Sliding Rock sin un estremecimiento, y yo había visto hombres fuertes detenerse ante semejante tarea. Y cuando Frank cumplió los seis años ya podía sacar monedas del fondo del mar en tres brazadas.

–A mi gente en Barabora no les gustan los paganos; todos son cristianos, y a mí no me gustan los cristianos de Barabora –comentó un día, cuando yo, con la idea de hacerlo gastar el dinero que era suyo por derecho, había estado tratando de persuadirlo de hacer una visita a su isla natal en una de nuestra goletas; un viaje especial con el que yo había tenido la esperanza de romper el récord en cuanto a gastos.

Digo en una de nuestras goletas, aunque legalmente en ese momento todas eran de mi propiedad. Yo había discutido durante mucho tiempo con él para que entráramos en sociedad.

–Hemos sido socios desde el día que la *Petite Jeanne* se hundió –dijo finalmente–. Pero si así lo desea tu corazón, entonces seremos socios por ley. No tengo trabajo que hacer, aunque mis gastos son altos. Como, bebo y fumo en cantidades, eso cuesta bastante, lo sé. No pago por jugar al billar, pues juego en tu mesa; pero aún así el dinero se va. Pescar en el arrecife es sólo un placer para un hombre rico. Es escandaloso el costo de los anzuelos y de los sedales de algodón. Sí, es indispensable que nos volvamos socios por ley. Necesito ese dinero. Lo recibiré del secretario principal de la oficina.

Así que redactamos los papeles y los registramos. Un año después me vi obligado a quejarme.

–Charlie –le dije–, eres un perverso impostor, un miserable tacaño, un miserable cangrejo de tierra. Fíjate, tu parte en nuestra sociedad ha sido de miles de dólares. El secretario principal me ha entregado este documento. Dice que en todo este año sólo has retirado ochenta y siete dólares con veinte centavos.

–¿Me deben algo? –preguntó con ansiedad.

–Te digo que miles y miles– le contesté.

El rostro se le iluminó, como con un inmenso alivio.

–Muy bien –comentó–. Asegúrate de que el secretario lleve bien las cuentas. Cuando los quiera, los cobraré, y no debe faltar ni un centavo. Y si hace falta –añadió furioso después de una pausa– tendrá que salir del salario del secretario.

Y durante todo ese tiempo, como me enteré más tarde, su testamento, redactado por Carruthers, donde me nombraba como único beneficiario, permanecía en la caja fuerte del consulado americano.

Pero llegaría el final, como le llega el final a todas las asociaciones. Ocurrió en las islas Salomón, donde habían tenido lugar nuestros trabajos más salvajes en nuestros años más salvajes de juventud, y donde nos encontrábamos una vez más, básicamente de vacaciones, aunque incidentalmente le echábamos un ojo a nuestras propiedades en la Isla Florida. Nos habíamos quedado en Savu, a donde habíamos llegado para comerciar por simple curiosidad.

Savu está plagada de tiburones. La costumbre de los aborígenes de quemar a sus muertos en el mar no ha servido para disuadir a los tiburones de convertir las aguas adyacentes en su guarida.

Pues fue tal mi suerte que estaba yo a bordo de una canoa nativa diminuta y con sobrecarga cuando esta se volcó. Quedamos cuatro aborígenes y yo en la canoa o, mejor, agarrados de la misma. La goleta se encontraba a unas cien yardas de distancia. Estaba pidiendo a voces un bote cuando uno de los aborígenes empezó a gritar. Agarrado a uno de los extremos de la canoa, tanto él como esa porción de la canoa fueron arrastrados al fondo del agua varias veces. Entonces el hombre soltó su asidero y desapareció. Un tiburón lo había agarrado.

Los otros nativos intentaron salir del agua y montarse sobre el casco de la canoa. Grité y maldije y golpeé con el puño al que tenía más cerca pero fue inútil. Se encontraban presas del miedo. La canoa escasamente hubiera podido soportar el peso de uno solo. Bajo el peso de los tres se balanceaba y daba botes de un lado a otro, lanzándonos de nuevo al agua.

Yo abandoné la canoa y empecé a nadar hacia la goleta, con la esperanza de ser rescatado por el bote antes de llegar hasta allá. Uno de los nativos optó por venir conmigo, y nadamos en silencio, lado a lado, sumergiendo la cara una y otra vez para mirar si había tiburones. Los gritos del hombre que permaneció en la canoa nos informaron de la presencia de tiburones. Estaba mirando bajo el agua cuando vi pasar uno inmenso justo debajo de mí. Tenía unos dieciséis pies de largo. Lo vi completo. Atrapó al aborigen por el medio, y siguió hacia adelante, y el pobre diablo con la cabeza, los hombros y los brazos fuera del agua todo el tiempo, gemía de una manera desgarradora. Recorrió de esta forma varios cientos de pies, hasta cuando el tiburón lo arrastró bajo la superficie.

Nadé con tenacidad, esperando que ese hubiera sido el último tiburón suelto por ahí. Pero apareció otro. Que fuera el mismo que había atacado antes a los nativos, o que se tratara de algún tiburón que había tenido una buena comida en otra parte, no lo sé. En todo caso, no estaba tan ansioso como los otros. Yo ya no podía nadar tan rápido, pues gran parte de mi esfuerzo lo invertía en seguirle la pista. Lo estaba mirando con atención cuando lanzó el primer ataque. Por simple buena suerte logré ponerle las manos en la nariz, y aunque su impulso por poco me hunde, conseguí

mantenerlo a raya. Giró y siguió derecho y de nuevo empezó a formar círculos a mi alrededor. La segunda vez logré escaparme con la misma maniobra. En el tercer ataque los dos erramos. El tiburón se desvió en el instante en que mis manos debieron caer sobre su nariz, pero la lija de su pellejo (yo tenía puesta una camiseta sin mangas) me raspó la piel del brazo desde el codo hasta el hombro.

Para entonces, yo ya estaba fuera de juego y abandoné toda esperanza. La goleta aún estaba a unos doscientos pies de distancia. Tenía el rostro bajo el agua y podía ver que el tiburón se preparaba para lanzar un nuevo ataque, cuando vi un cuerpo moreno pasar entre los dos. Era Otoo.

–Nada hacia la goleta, señor –dijo. Y hablaba alegremente, como si todo el asunto no fuera más que una broma–. Conozco los tiburones. El tiburón es mi hermano.

Obedecí, nadando lentamente, mientras Otoo nadaba a mi lado, manteniéndose siempre entre el tiburón y yo, esquivando sus embestidas y dándome ánimos.

–La jarcia del pescante fue lanzada, y soltaron los aparejos –explicó un minuto más tarde y enseguida volvió a sumergirse para desviar otro ataque.

Para cuando la goleta se encontraba a unos treinta pies de distancia yo ya estaba casi acabado. Escasamente podía moverme. Nos lanzaban cuerdas desde la borda, pero siempre se quedaban cortas. El tiburón, al ver que no recibía ningún castigo, se volvió más audaz. En varias oportunidades estuvo a punto de agarrarme, pero cada vez Otoo aparecía justo antes de que fuera demasiado tarde. Por supuesto que Otoo podía ponerse a salvo en cualquier momento. Pero se mantuvo pegado a mí.

–¡Adiós, Charley! ¡Estoy acabado! –conseguí balbucear. Yo sabía que el final había llegado, y que en el siguiente instante soltaría los brazos y me dejaría hundir.

Pero Otoo se rió en mi cara y dijo:

–Te enseñaré un truco nuevo. ¡Voy a hacer que ese tiburón se sienta enfermo!

Se sumergió justo detrás de mí, por donde el tiburón se disponía a atacarme de nuevo.

–¡Un poco más a la izquierda! –gritó después–. Hay una cuerda ahí en el agua. Hacia la izquierda, señor, ¡a la izquierda!

Cambié de dirección y agité los brazos ciegamente. Para ese momento me encontraba ya apenas consciente. Cuando mi mano se cerró sobre el lazo escuché una exclamación desde la borda. Volteé la cabeza y miré. No había ninguna señal de Otoo. Un instante después salió de nuevo a la superficie. Tenía las manos cercenadas a la altura de las muñecas, y de los dos muñones brotaba la sangre.

–¡Otoo! –llamó en voz baja. Y entonces pude ver en su mirada el amor que palpitaba en su voz.

Entonces, y sólo en ese instante, en el final de todos nuestros años juntos, me llamaba por ese nombre.

–¡Adiós, Otoo! –gritó.

Enseguida fue arrastrado bajo el agua y yo fui subido a bordo, donde me desmayé en los brazos del capitán.

Y así murió Otoo, quien me salvó e hizo de mí un hombre, y quien volvió a salvarme al final. Nos encontramos en las fauces de un huracán y nos separamos en las fauces de un tiburón, con diecisiete años de camaradería como intermedio; una camaradería que me atrevería a afirmar nunca ha acontecido entre dos hombres, uno moreno y el otro blanco. Si está Jehová observando desde su altura la caída de cada gorrión, allí también en su Reino estará Otoo, el único pagano de Barabora.

Una historia sin final

Mark Twain 1835–1910

Nacido en Missouri, E.U., se llamaba en realidad Samuel Longhorn Clemens, pero fue el seudónimo el que lo convirtió en una especie de monumento nacional para la cultura norteamericana. Como tantos de sus contemporáneos, fue un hombre de acción y, aunque su vida gravitó alrededor de la escritura, practicó múltiples oficios: impresor, soldado, minero, reportero, corresponsal de viajes, capitán de barco. Reconocido por su ingenio y humor, logró un cuadro vivo de la vida popular de la vida del siglo xix, plasmada en dos de sus obras más leídas, *Tom Sawyer* y *Huckleberry Finn*, que traspasaron los límites de las riberas del Mississippi para llegar a ser parte de la herencia cultural de todos. “No te lleves nada que no sea tuyo, a menos que no puedas cargarlo”, sentenció en uno de sus tantos aforismos.

Teníamos un juego en el barco que era un buen pasatiempo; por lo general sucedía en la noche, en la sala de fumadores, cuando los hombres se desprendían de la monotonía y el aburrimiento de la jornada. Se trataba de completar historias incompletas. Es decir, alguno contaba una historia completa a excepción del final, y entonces los otros trataban de ofrecer un final según su propia invención. Cuando todos habían tenido su oportunidad, el que había presentado la historia revelaba el desenlace original y cada cual daba su opinión. Algunas veces, los nuevos finales resultaban ser mejores que el original. Pero la historia que exigió el más persistente, resuelto y ambicioso esfuerzo fue una que no tenía final, de tal forma que no había nada con qué comparar los desenlaces recién inventados. Aquel que la contó declaró que podía ofrecer todos los detalles sólo hasta cierto punto, pues eso era todo lo que sabía de la historia. La había leído en un volumen de relatos breves hacía veinticinco años, y lo habían interrumpido antes de llegar al final. Le daría cincuenta dólares a cualquiera que pudiera terminar la historia a satisfacción de un jurado elegido por nosotros mismos. Nombramos el jurado y forcejeamos con la trama. Inventamos múltiples finales, pero el jurado los rechazó todos. El jurado tenía razón. Se trataba de una historia cuyo autor tal vez habría podido completar satisfactoriamente, y si en realidad contó con esa buena fortuna me hubiera gustado conocer cuál fue el final. Cualquiera se dará

cuenta que la fuerza de la historia radica en su núcleo, y que aparentemente no hay forma de transferir esa fuerza a la conclusión, donde por supuesto debería estar. En esencia, la historia era como sigue:

John Brown, de treinta y un años, bondadoso, gentil, sugestionable y tímido, vivía en un tranquilo pueblo de Missouri. Era superintendente de la escuela dominical presbiteriana. Se trataba de una humilde distinción; aún así, era la única distinción oficial que tenía, se sentía modestamente orgulloso de ella y se entregaba con devoción a su trabajo y sus intereses. Todos reconocían la extrema bondad de su carácter; de hecho, la gente afirmaba que estaba hecho de buenas intenciones y modestia, que siempre se podía contar con su ayuda cuando resultaba necesario, y también con su modestia, tanto si se necesitaba como si no.

Mary Taylor, de veintitrés años, humilde, dulce, agradable y hermosa tanto por su carácter como por su físico, significaba todo para él. Y él también lo era casi todo para ella. Ella se mostraba vacilante, las esperanzas de él eran altas. La madre de ella se había opuesto desde el principio. Pero ella, también, vacilaba; él podía darse cuenta. La había conmovido el interés afectuoso que él mostró por dos protegidas que ella tenía y por las contribuciones que él había hecho para su sustento. Eran dos hermanas desamparadas y ancianas que vivían en una cabaña de troncos, en un rincón solitario cerca de un cruce de caminos a unas cuatro millas de la granja de la señora Taylor. Una de las hermanas estaba loca, y algunas veces era un poco violenta, aunque no muy a menudo.

Pareció por fin que el tiempo se mostraba propicio para un avance definitivo, y Brown hizo acopio de valor para llevarlo a cabo. Llevaría una contribución el doble de lo usual y se ganaría a la madre; con su oposición anulada, el resto de la conquista sería segura y rápida.

Echó andar a media tarde de un plácido domingo en el suave verano de Missouri, e iba convenientemente equipado para su misión. Llevaba un traje completo de lino blanco con una cinta azul como corbata, y calzaba unos botines elegantes y ceñidos. Su caballo y su calesín eran los mejores entre lo que podía suministrar la caballeriza. La capa para el regazo era de lino blanco, nueva, y tenía un ribete bordado a mano que no podía tener rival en toda la región por su belleza y diseño.

Cuando había avanzado unas cuatro millas por el camino solitario y conducía su caballo al cabestro a lo largo de un puente de madera, su sombrero de paja salió volando y cayó en el arroyo, flotó corriente abajo y se atascó en unas ramas. No supo muy bien qué hacer. Tenía que recuperar el sombrero, eso era evidente, pero ¿cómo?

Entonces tuvo una idea. El camino estaba desierto, no había aún nadie por ahí. Sí, tomaría el riesgo. Condujo el caballo hasta el borde del camino y lo puso a pastar en la hierba; después se desvistió y puso la ropa en el calesín, acarició al caballo un rato para asegurar su compasión y lealtad, y se lanzó rápido al arroyo. Nadó y recobró rápidamente el sombrero. Pero cuando alcanzó la orilla, ¡el caballo había desaparecido!

Las piernas casi dejaron de sostenerlo. El caballo avanzaba despreocupadamente por el camino. Brown trotó detrás, diciendo, “whoa, whoa, buen muchacho”; pero cada vez que se acercaba lo suficiente para alcanzar de un salto el calesín, el caballo aceleraba un poco el paso y frustraba su intento. Y así siguió la cosa, el hombre desnudo desfalleciendo de ansiedad, y esperando a cada momento ver aparecer gente. Sin embargo lo seguía, implorándole al caballo, suplicándole, hasta que hubo recorrido una milla y se acercaba ya a la propiedad de los Taylor; entonces por fin tuvo éxito y logró subirse al calesín. Se puso de un golpe la camisa, la corbata y la chaqueta; entonces estiró la mano para alcanzar los… pero fue demasiado tarde; se reacomodó de inmediato y agarró la capa, pues había visto a alguien acercarse a la puerta: una mujer, pensó. Hizo girar el caballo hacia la izquierda, y lo espoleó enérgicamente camino arriba. El sendero era completamente recto y despejado a ambos lados; pero unas tres millas más adelante había un bosque y el camino daba un giro abrupto, y se sintió muy agradecido cuando llegó hasta ahí. Mientras tomaba la curva puso el caballo al paso y alargó la mano para buscar los pantalo… también demasiado tarde.

Se acababa de encontrar con la señora Enderby, la señora Glossop y la señora Taylor con Mary. Iban a pie y parecían estar cansadas y agitadas. Se lanzaron de inmediato hacia el calesín y le estrecharon la mano, y todas hablaron al mismo tiempo, diciendo, ansiosas y serias, cuánto se alegraban de que él hubiera llegado, de lo afortunado que resultaba el encuentro. Y entonces la señora Enderby dijo con admiración:

–*Parece* un accidente su llegada en este preciso instante; pero que nadie lo profane con esa palabra. Ha sido enviado… enviado desde lo alto.

Todas se mostraron impresionadas, y la señora Glossop dijo en tono respetuoso:

–Sarah Enderby, nunca has dicho nada más verdadero en toda tu vida. Esto no es un accidente, es una especial Divina Providencia. Él *ha sido* enviado. Es un ángel… un ángel tan verdadero como nunca lo ha sido ningún ángel… un ángel de salvación. Y digo *ángel*, Sarah Enderby, y no usaré ninguna palabra distinta. No permitan que nadie nunca me vuelva a decir que no existen cosas tales como las especiales Divinas Providencias; pues si esta no es una, díganme entonces qué es.

–Yo *sé* que es así –afirmó la señora Taylor, fervientemente–. John Brown podría reverenciarte; podría arrodillarme frente a ti. ¿No hubo algo que te lo dijo?… ¿No *sentiste* que habías sido enviado? Podría besar el dobladillo de esa capa en tu regazo.

Brown era incapaz de hablar; se sentía impotente por la vergüenza y el terror. La señora Taylor continuó:

–Por Dios, tan sólo da una mirada a tu alrededor, Julia Glossop. *Cualquier* persona puede ver la mano de la Divina Providencia en esto. Aquí, a mediodía ¿qué es lo que vemos? Vemos un humo que se eleva. Yo hablo y digo: “Se está quemando la cabaña de las ancianas”. ¿No fue así, Julia Glossop?

–Las mismas palabras que dijiste, Nancy Taylor. Yo me encontraba tan cerca de ti como lo estoy ahora, y pude escucharlas. Pudiste haber dicho choza en lugar de cabaña, pero en esencia es lo mismo. Y te veías pálida, además.

–¿Pálida? Estaba tan pálida como… por Dios, simplemente compáralo con esta capa. Entonces lo siguiente que dije fue, “Mary Taylor, dile al jornalero que prepare los caballos… iremos al rescate”. Y ella contestó, “Mamá, ¿no recuerdas que le dijiste que podía ir a visitar a su familia y pasar allá el domingo?” Y así había sido, lo declaro, lo había olvidado. “Entonces”, dije yo, “iremos a pie”. Y nos fuimos. Y nos encontramos con Sarah Enderby por el camino.

–Y seguimos todas juntas –añadió la señora Enderby–. Y encontramos que la loca había prendido fuego e incendiado la cabaña, y las dos pobres estaban tan viejas y débiles que no podían ponerse en movimiento. Y entonces las llevamos a un lugar cubierto y las acomodamos lo mejor posible y empezamos a preguntarnos qué hacer para encontrar la manera de transportarlas hasta la casa de Nancy Taylor. Y yo hablé y dije… ¿qué fue lo que dije? ¿No dije, "la Divina Providencia proveerá"?

–¡Pues tan seguro como que estás viva! Lo había olvidado.

–Yo también –dijo la señora Glossop y la señora Taylor agregó: pero sin duda lo *dijiste*. ¿No es eso asombroso?

–Sí, lo dije. Y entonces fuimos hacia donde el señor Moseley, a dos millas de distancia, y todos en la casa habían salido hacia un encuentro campestre en Stony Fork; y entonces nos devolvimos todo el trayecto, las dos millas, y después hasta aquí, otra milla… y la Divina Providencia *ha* provisto. Lo pueden ver por sí mismas.

Se miraron entre sí con un estremecimiento y levantando las manos dijeron al unísono:

–Es absolutamente maravilloso.

–¿Qué creen entonces que deberíamos hacer –dijo la señora Glossop–, dejar que el señor Brown lleve a las ancianas donde Nancy Taylor una por una, o que las suba a las dos en el calesín y que él dirija el caballo a pie?

Brown tragó saliva.

–Pero creo que tenemos un problema –comentó la señora Enderby–. Escuchen, estamos todas exhaustas y de cualquier forma que lo arreglemos va a ser difícil. Si el señor Brown las sube a las dos, por lo menos una de nosotras deberá regresar con él para ayudarlo, pues no podrá subirlas a las dos él solo tan indefensas como están.

–Eso es cierto –dijo la señora Taylor–. No parece… ¡cómo podría ser!… una de nosotras va hasta allá con el señor Brown, y las demás van hasta mi casa y lo preparan todo. Yo iré con él. Él y yo juntos podemos subir a una de las ancianas al calesín; después la llevaremos hasta mi casa y…

–¿Pero quién se hará cargo de la otra mujer? –preguntó la señora Enderby–. No podemos dejarla allá sola en el bosque, y menos si es la loca.

Son ocho millas de ida y vuelta, ¿saben?

En ese momento, todas se habían sentado en la hierba al lado del calesín para descansar sus agotados cuerpos. Permanecieron un par de segundos en silencio, debatiéndose mentalmente frente a la intrincada situación. Entonces, a la señora Enderby se le iluminó el rostro y dijo:

–Creo tener ya la solución. Escuchen, no podemos *caminar* más. Piensen en lo que hemos caminado; cuatro millas allá, dos hasta donde los Moseley, son seis, y después de regreso hasta acá… son nueve millas desde el mediodía, y sin probar bocado: confieso que no entiendo cómo lo hicimos; y en cuanto a mí, estoy simplemente muerta de hambre. Ahora, alguna tiene que regresar para ayudarle al señor Brown, eso no tiene discusión; pero quien sea que vaya tiene que ir en el calesín y no a pie. Así que esta es mi idea: una de nosotras va en el calesín con el señor Brown; después sigue en el calesín hasta la casa de Nancy Taylor con una de las ancianas, dejando que el señor Brown se quede acompañando a la otra anciana, y las demás van ahora mismo a la casa de Nancy a descansar y esperar; entonces una de ustedes regresa en el calesín y recoge a la otra anciana y la lleva hasta la casa de Nancy, y el señor Brown regresa a pie.

–¡Magnífico! –exclamaron todas al tiempo–. Oh, eso será perfecto, esa es la solución perfecta.

Y todas afirmaron que la señora Enderby tenía la mejor mente planificadora del grupo, y afirmaron también que las sorprendía no haber pensado ellas mismas en ese plan tan sencillo. No había sido intención de esas buenas almas sencillas retirar el cumplido y no se percataron de que lo habían hecho. Después de consultarlo entre todas, decidieron que la señora Enderby debería acompañar de regreso al señor Brown, pues se le otorgaba el derecho a esa distinción por haber sido la que ideó el plan. Teniendo ya todo satisfactoriamente arreglado y resuelto, las damas se pusieron de pie, aliviadas y contentas, sacudieron sus trajes y tres de ellas empezaron a caminar hacia la granja. La señora Enderby puso el pie en el estribo del calesín dispuesta a subir, cuando Brown encontró un resto de voz y musitó:

–Por favor, señora Enderby, dígales que regresen… me siento muy débil. No puedo caminar, no puedo hacerlo.

–¡Pero, mi querido señor Brown! Se ve en *realidad* muy pálido. Me avergüenzo de mí misma por no haberme dado cuenta antes. ¡Regresen, todas ustedes! El señor Brown no se encuentra bien. ¿Hay algo que pueda hacer por usted, señor Brown? Lo siento mucho. ¿Tiene algún dolor?

–No, señora, sólo estoy débil; no estoy enfermo, sólo un poco débil… últimamente, no hace mucho, sólo últimamente.

Las otras mujeres regresaron, y expresaron ruidosamente sus condolencias y conmiseraciones, y se reprocharon a sí mismas por no haberse dado cuenta de lo pálido que estaba. Y de inmediato trazaron un nuevo plan, y no les costó mucho estar de acuerdo en que era de lejos el mejor plan de todos. Todas irían hasta la casa de Nancy Taylor y verían primero por el cuidado del señor Brown. Él podía echarse en el sofá del vestíbulo, y mientras la señora Taylor y Mary lo atendían las otras señoras tomarían el calesín e irían a recoger a una de las ancianas y entonces una permanecería con la otra y…

Para ese instante, y sin hacer ninguna otra consulta, ya estaban todas a un lado de la cabeza del caballo y empezaban a darle la vuelta. El peligro era inminente, pero Brown recuperó de nuevo la voz, poniéndose a salvo. Dijo:

–Pero, señoras, ustedes están pasando por alto un asunto que hace el plan impracticable. Escuchen, si traen a *una* de las mujeres a la casa, y una de ustedes se queda allá con la otra, habrá entonces tres personas allá cuando una de ustedes vaya a buscarlas, pues alguien tiene que conducir el calesín, y *tres* no podrían regresar a casa en el calesín.

–¡Pero, claro, es verdad! –exclamaron todas al tiempo, y quedaron perplejas de nuevo.

–Dios, ¿qué podemos hacer? –preguntó la señora Glossop–. Es la cosa más enredada que haya visto nunca. Todo ese cuento del zorro, el ganso y el maíz… no es nada comparado con esto.

Volvieron a sentarse exhaustas, para seguir torturando sus mentes con un plan que pudiera funcionar. Entonces, Mary ofreció un plan; era su primer esfuerzo.

Les dijo:

–Soy joven y fuerte, y ya recuperé las energías. Acompañen al señor Brown hasta la casa y préstenle ayuda, ya ven cuánto la necesita. Yo me devuelvo y me hago cargo de las dos ancianas. Puedo estar allá en veinte minutos. Ustedes sigan haciendo lo que habían pensado en un principio: esperar en el camino principal frente a nuestra casa hasta que aparezca alguien con una carreta, y la mandan para que nos traigan de regreso a las tres. No tendrán que esperar mucho tiempo; los granjeros estarán pronto de regreso del pueblo. Mantendré tranquila y animada a la viejita Polly; a la loca no le hará falta.

Discutieron el plan y lo aceptaron; frente a las circunstancias, parecía ser el mejor posible, y además las dos ancianas debían estar ya desfalleciendo.

Brown se sintió aliviado y profundamente agradecido. Una vez lo dejaran llegar al camino principal encontraría una ruta de escape.

Entonces la señora Taylor dijo:

–Dentro de muy poco empezará el frío de la tarde, y esas dos pobres y arruinadas criaturas van a necesitar algo con qué cubrirse. Llévate esa capa de lino contigo, querida.

–Muy bien, madre, de acuerdo.

Entonces la muchacha dio un paso hacia el calesín y alargó la mano para agarrar la capa…

Ese era el final de la historia. El pasajero que la narró dijo que hacía veinticinco años, cuando la estaba leyendo, se vio interrumpido en ese punto: el tren se precipitó por un puente.

Al principio, creíamos que podíamos terminar la historia fácilmente, y empezamos a trabajar confiados. Pero muy pronto empezó a ser evidente que la cosa no era sencilla sino difícil e intrincada. La razón estaba en el carácter de Brown: gran generosidad y gentileza, pero con la complicación de su timidez y su retraimiento inusuales, particularmente en presencia de las damas. Estaba también su amor por Mary, en un estado de esperanza pero aún no del todo seguro; justo en un momento, en efecto, en que el asunto debía ser manejado con gran tacto, sin cometer errores, sin causar ofensas. Y estaba además la madre –indecisa, solícita sólo a medias– a quien había que conquistar mediante una diplomacia hábil e impecable, y de inmediato, pues tal vez no habría otra oportunidad. Por otro lado, estaban

las indefensas ancianas allá lejos en los confines del bosque esperando; su destino y la felicidad de Brown estaban determinados por lo que él hiciera en los dos siguientes segundos. Mary estiraba la mano para agarrar la capa en su regazo; Brown debía tomar una decisión, no había tiempo que perder.

Por supuesto, el jurado no aceptaría ningún final de la historia que no fuera un final feliz; la conclusión debía dejar a Brown muy bien parado ante las damas, sin mancha en su comportamiento, sin menoscabo de su modestia, manteniendo intacto su espíritu de sacrificio, con las dos ancianas rescatadas gracias a él, su benefactor, y todo el grupo orgulloso y feliz gracias a él, todas cantando sus alabanzas.

Intentamos acomodar todo esto, pero nos acosaban obstáculos persistentes e irreconciliables. Descubrimos que la timidez de Brown no le permitiría soltar la capa. Este hecho ofendería a Mary y a su madre; y sorprendería a las otras señoras, en parte porque tal mezquindad hacia las sufridas ancianas estaría en contradicción con Brown, y en parte porque él era una especial Divina Providencia y claramente no podía actuar de ese modo. Si le preguntaran por la causa de ese comportamiento, su timidez no le permitiría confesar la verdad, y la falta de imaginación y práctica lo harían incapaz de ingeniarse una mentira que arreglara todo. Trabajamos en ese complicado problema hasta las tres de la mañana.

Mientras tanto, Mary seguía alargando la mano hacia la capa de lino. Nos dimos por vencidos y decidimos dejar que la alcanzara. Es privilegio del lector determinar por sí mismo cómo se resolvió la cosa.

La ventana tapiada

Ambrose Bierce 1842–¿1913

> Nacido en Ohio, E.U., en el seno de una familia puritana y numerosa, abandonó también el hogar a los 15 años. Vivió en la casa del editor de un periódico local hasta cuando sus padres lo internaron en una academia militar. En 1861, cuando estalló la Guerra Civil, se enroló en el bando antiesclavista, experiencia que inspiró varios de sus mejores cuentos, recogidos en *Historias de soldados y civiles*. Autor de clásicos como *El diccionario del Diablo* y *El club de los parricidas*, Bierce transitó con maestría estilística por los límites del terror sobrenatural, desde donde narró alucinaciones poéticas y siempre perturbadoras. A los 71 años cruzó la frontera con México donde despareció sin dejar rastro. En su última carta fechada en 1913 escribió: "Ah, ser gringo en México, eso es eutanasia".

En 1830, sólo a unas cuantas millas de distancia de lo que es ahora la gran ciudad de Cincinati, se extiende un bosque inmenso y casi intacto. La región fue escasamente habitada por gente de la frontera, espíritus inquietos que no en poco tiempo levantaban casas relativamente habitables en medio de la soledad y alcanzaban un grado de prosperidad que hoy llamaríamos indigencia para después, impelidos por algún misterioso impulso de su naturaleza, abandonarlo todo y avanzar más hacia el oeste, para encontrar allí nuevos peligros y privaciones en su esfuerzo por recuperar las exiguas comodidades a las que habían renunciado de manera voluntaria. Muchos ya habían abandonado la región para irse a lugares más remotos, pero entre los que aún quedaban había uno que pertenecía a aquellos que llegaron primero. Vivía solo en una casa de troncos rodeada completamente por el inmenso bosque, con una lobreguez y un silencio de los que él parecía formar parte, pues ninguno lo había visto sonreír ni pronunciar una palabra innecesaria. Sus sencillas necesidades las cubría vendiendo pieles de animales salvajes en el pueblo del río, pues no cultivaba ni una sola cosa en esa tierra que, de ser necesario, él podría haber reclamado como propia por derecho de posesión pacífica. Había evidencias de "mejoras": algunos acres del terreno circundante a la casa habían sido despejados de árboles, cuyos troncos quedaban medio ocultos por los nuevos brotes que surgían para reparar la destrucción llevada a cabo por el hacha. Aparentemente, el entusiasmo de aquel hombre por la agricultura se había extinguido con una débil llama, expirando en cenizas de expiación.

La pequeña cabaña de troncos, con una chimenea de palos, el techo de tablas torcidas prensadas con travesaños y su “grieta” de arcilla, tenía una única puerta y, directamente opuesta, una ventana. Esta última, sin embargo, estaba tapiada; nadie podía recordar una época en la que no lo hubiera estado. Y nadie sabía por qué permanecía cerrada de esa manera; desde luego no se debía a una aversión de su ocupante hacia la luz y el aire, pues en las contadas ocasiones que algún cazador cruzó por ese solitario rincón, al recluso se le había visto asoleándose en la puerta de entrada, al menos cuando el cielo le proporcionaba el sol necesario. Imagino que habrá muy pocas personas vivas que hayan conocido alguna vez el secreto de esa ventana, pero yo soy una de ellas, como verán.

Se decía que el hombre se llamaba Murlock. Por su apariencia parecía de setenta años, pero en realidad tendría unos cincuenta. Algo además del peso de los años había tenido que ver con su envejecimiento. Tenía blancos el pelo y la larga y espesa barba, hundidos los ojos grises y sin brillo, el rostro arrugado de una manera particular, con pliegues que parecían pertenecer a dos sistemas que se interceptaran. De físico era alto y enjuto, con los hombros encorvados como si soportaran un gran peso. Nunca lo vi personalmente; estos detalles los aprendí de mi abuelo, a quien también le oí la historia del hombre cuando yo era un muchacho. Él lo conoció cuando vivía por los alrededores en aquella época pasada.

Un día encontraron a Murlock en su cabaña, muerto. No era época ni lugar para jueces de instrucción ni para periódicos, y supongo que se resolvió que el hombre había muerto por causas naturales o eso fue lo que me habrán dicho, y lo que habré recordado. Sólo sé que probablemente para cumplir con un sentido de compensación de las cosas, el cuerpo fue enterrado cerca a la cabaña, a un lado de la tumba de su mujer, quien lo había precedido desde hacía tantos años que la tradición local apenas si había conservado un atisbo de su existencia. Así se cierra el capítulo final de esta historia verdadera; exceptuando, claro está, la circunstancia de que muchos años después, en compañía de un alma igualmente intrépida, penetré hacia el lugar y osé acercarme lo suficiente a la cabaña en ruinas para tirarle una piedra, y alejarme corriendo para huir de ese fantasma que todo informado muchacho de los alrededores sabía que rondaba por el lugar. Pero existe un capítulo anterior, proporcionado por mi abuelo.

Cuando Murlock construyó la cabaña y comenzó a dar enérgicos golpes de hacha alrededor para excavar una granja –el rifle era, por el momento, su único medio de subsistencia– era un joven fuerte y lleno de esperanza. En el territorio del este de donde venía se había casado, como era costumbre, con una mujer joven, merecedora en todo sentido de su honesta devoción, y quien compartía los peligros y privaciones de su suerte con un espíritu complaciente y un corazón delicado. No existe ningún testimonio conocido de su nombre; de sus encantos mentales y físicos la tradición no revela nada y el escéptico está en libertad de considerar válida su duda; ¡pero Dios no permita que yo la comparta! Del cariño y la felicidad entre los dos, quedó evidencia suficiente a lo largo de cada uno de los días de la vida de este hombre desde cuando quedó viudo; pues ¿qué, si no el magnetismo de ese recuerdo enaltecido, podría haber encadenado su espíritu venturoso a un destino como el que tuvo?

Un día Murlock regresó de cazar en un alejado rincón del bosque y encontró a su mujer postrada con fiebre y delirando. No había ningún médico a varias millas a la redonda, ningún vecino; ella tampoco estaba en condiciones de ser cargada, para ir en busca de ayuda. Así que él se puso a la tarea de asistirla para que se mejorara, pero al final del tercer día la mujer cayó inconsciente y murió sin haber recuperado, aparentemente, ningún destello de razón.

De lo que sabemos sobre una naturaleza como la suya, podríamos aventurarnos a bosquejar algunos de los detalles de ese perfil general trazado por mi abuelo. Cuando se convenció de que estaba muerta, Murlock tuvo el suficiente sentido común como para recordar que a los muertos había que prepararlos para su entierro. Con el propósito de llevar a cabo este sagrado deber anduvo a ciegas, hizo algunas cosas de manera equivocada, y otras que había realizado correctamente las repetía una y otra vez. Sus frecuentes tropiezos para realizar cualquier acto simple y ordinario lo dejaban estupefacto, como el asombro de un borracho que se maravilla ante la suspensión de las leyes naturales. Lo sorprendió, también, que no lloraba; estaba sorprendido y un poco avergonzado; sin duda resultaba desalmado no llorar por los muertos.

–Mañana –dijo en voz alta– tengo que hacer un cajón y cavar la tumba; y entonces la extrañaré, cuando ya no vuelva a verla. Pero ahora… está

muerta, por supuesto, pero todo está bien… *tiene* que estar bien, de alguna forma. Las cosas no pueden ser tan malas como parecen.

Permaneció inclinado sobre el cuerpo bajo la luz mortecina, arreglándole el pelo y dándole los últimos toques al sencillo vestido, haciendo todo de manera mecánica, sin ninguna emoción. Y sin embargo bajo su conciencia corría la convicción oculta de que todo estaba bien, que él la tendría a ella de nuevo como antes y que todo quedaría explicado. No había tenido ninguna experiencia con el dolor; su habilidad no había sido incrementada por el uso. Su corazón no podía contenerlo en su totalidad, su imaginación tampoco alcanzaba a concebirlo correctamente. No sabía aún que hubiera sido golpeado tan fuerte; *ese* conocimiento le llegaría más tarde y no lo abandonaría. El dolor es un artista de poderes tan variados como los instrumentos con los que interpreta sus endechas para los muertos, evocando de algunos las notas más agudas y estridentes y de otros acordes bajos y graves que vibran recurrentes como el lento redoble de un tambor distante. A unas almas las sobrecoge; a otras las deja estupefactas. A algunas les llega como el golpe de una flecha, incitando todas las sensibilidades hacia una vida más intensa; a otras les llega con el impacto de una cachiporra, que paraliza al dar el golpe. Podemos suponer que esta fue la manera como impactó a Murlock, pues (y aquí pisamos terreno más seguro que aquel de la conjetura) no bien había terminado con su piadosa tarea, dejándose caer en la silla al lado de la mesa donde descansaba el cuerpo, y descubriendo la blancura del perfil bajo la tiniebla cada vez más profunda, cruzó los brazos en el borde de la mesa y hundió ahí la cabeza, aún sin lágrimas y con una indescriptible fatiga. En ese momento, ¡entró a través de la ventana abierta un prolongado lamento, como el llanto de un niño perdido en lo más profundo del oscuro bosque! Pero el hombre no se movió. De nuevo, y esta vez más cerca que antes, se escuchó ese gemido sobrenatural por encima de su desfallecimiento. Tal vez era una bestia salvaje; tal vez era un sueño. Pero Murlock se había quedado dormido.

Algunas horas más tarde, como después se hizo evidente, el infiel vigilante se despertó y levantando la cabeza de los brazos cruzados escuchó con atención, sin saber por qué. Ahí, bajo la oscuridad total al lado de la muerta, mientras recordaba todo sin estremecerse, forzó los ojos para poder ver algo que no supo qué era. Tenía todos los sentidos alerta y el aliento

contenido; la sangre detenía su marcha como si quisiera contribuir al silencio. ¿Quién… qué lo había despertado y dónde estaba?

De repente la mesa se sacudió bajo sus brazos, y en ese mismo instante escuchó, o imaginó escuchar un paso débil, después otro, como los ruidos de unos pies descalzos sobre el piso. Estaba aterrorizado más allá de la facultad de gritar o moverse. Forzosamente, tuvo que esperar y esperar ahí en la oscuridad durante lo que parecieron siglos de un pavor que quizás nadie haya conocido o haya podido vivir para contarlo. En vano trató de pronunciar el nombre de la mujer muerta, de estirar los brazos por encima de la mesa para confirmar si aún seguía ahí. No tenía fuerza en la garganta, sus brazos y manos eran de plomo. Entonces sucedió algo aún más terrible. Alguna clase de cuerpo pesado se abalanzó contra la mesa con tanto ímpetu que la empujó contra su pecho tan bruscamente que por poco lo tumba, y al mismo tiempo escuchó y sintió la caída de algo contra el piso con un estrépito tan violento que toda la casa se sacudió. Siguió una especie de refriega, y una confusión de sonidos imposibles de describir. Murlock se había puesto de pie. Por excesivo, el miedo había perdido el control sobre sus facultades. Lanzó los brazos por encima de la mesa. ¡No había nada ahí!

Hay un punto en el que el terror puede transformarse en locura; y la locura incita a la acción. Sin ninguna intensión específica, sin otro móvil que el inexplicable impulso enloquecido, Murlock saltó hasta la pared, agarró un poco a tientas el fusil cargado y lo disparó sin apuntar. Por el destello que alumbró el cuarto con una vívida luz, vio una enorme pantera que arrastraba a la mujer muerta hacia la ventana, ¡los dientes apretados sobre la garganta! Enseguida sobrevino una oscuridad aún más intensa que antes y el silencio; cuando recuperó la conciencia, el sol estaba alto y desde el bosque llegaba el canto de los pájaros.

El cuerpo estaba tendido al lado de la ventana, donde la bestia lo había abandonado cuando escapó asustada por el resplandor y el estallido del rifle. Tenía la ropa revuelta, el largo pelo en desorden, los miembros dispuestos de cualquier forma. A un lado de la garganta, terriblemente lacerada, se había formado un charco de sangre aún no del todo coagulada; las manos estaban apretadas con fuerza. Entre sus dientes había un trozo de la oreja del animal.